
JUAN GÓMEZ-JURADO BÁRBARA MONTES
AMANDA BLACK
LA MALDICIÓN DEL NILO
Lectulandia

«O alguien me salva o esto es el fin».

Creo que nunca había estado en una situación peor. Me explico: me han tirado al Nilo, estoy atada de pies y manos, y me estoy ahogando. Y, por si esto fuera poco, un cocodrilo enorme se acerca a mí.

La tía Paula pensó que pasar unos días en El Cairo sería divertido. El plan era ver el Despertar del Nilo, un ritual único que se celebra cada doscientos años.

Pero alguien ha robado la estatua de Hapi, el dios del río, y ha desatado las plagas de Egipto. Si no recupero la figura a tiempo, el destino de la familia Black (y el de toda la humanidad) estará en peligro. ¡Glups!

¿Conseguirá Amanda apaciguar la cólera del dios egipcio y salvar al mundo de la maldición del Nilo?

Juan Gómez-Jurado & Bárbara Montes

La maldición del Nilo

Amanda Black - 6

ePub r1.0
Titivillus 01.06.2023

Título original: *La maldición del Nilo*
Juan Gómez-Jurado & Bárbara Montes, 2022
Ilustraciones: David G. Forés

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Bárbara y Juan quieren dedicar este libro
a Marco, Javi y Elalejandrillo

Este libro mejora de noche

Personajes

Amanda Black: vive con su tía Paula desde que sus padres desaparecieron al poco tiempo de nacer ella. Ahora, con trece años, ha descubierto la verdad sobre sus orígenes: es la heredera de un antiguo culto dedicado a la diosa egipcia Maat, cuya misión es encontrar y robar objetos mágicos (y no tan mágicos) que, en malas manos, podrían ser peligrosos para la supervivencia de la humanidad. Además, tiene que lidiar con los típicos problemas de una adolescente, que no son pocos, y entrenar a diario para que los poderes que empezaron a manifestarse el día que cumplió trece años puedan desarrollarse hasta su máximo potencial.



Tía Paula: es la tía abuela de Amanda, además de su tutora y exigente entrenadora. Nadie sabe la edad que tiene, ya que aparenta entre treinta y cinco y cincuenta y cinco años. Afirma que ya no está en forma; sin embargo, Amanda cree que eso no es del todo cierto: ha visto a su tía hacer auténticas proezas durante los entrenamientos a los que la somete a diario.

Paula haría cualquier cosa por Amanda, y lo que más le preocupa es mantener a la joven a salvo de todos los peligros que suponen la herencia que ha recibido al cumplir trece años.



Eric: es el mejor amigo de Amanda, no sólo van juntos al mismo instituto, además, Eric la acompaña allá donde la lleven sus misiones. Es un auténtico genio de los ordenadores y puede piratear cualquier red. Antes de conocer a Amanda era un chico solitario con el que todos se metían, ahora ha ganado confianza y nada se interpone en su camino… Algo normal cuando te enfrentas continuamente a peligros que podrían costarte la vida. Sus tres personas favoritas son su madre, Amanda y Esme, de quien, además, está superenamorado.



Benson: es el misterioso mayordomo de la familia Black. Parece adivinar los deseos y necesidades de Amanda antes de que

ésta abra la boca. Aparece y desaparece sin que se den cuenta y parece llevar en la Mansión Black más tiempo del que sería natural: Amanda descubrió una fotografía muy antigua en la que aparecía Benson y… ¡estaba igual que ahora!

Se encarga de todo el equipo necesario para las misiones de Amanda y Eric y es el inventor de los artilugios más sofisticados. También sabe pilotar los automóviles, aviones y helicópteros que se guardan en el taller de la Mansión Black y está enseñando a Amanda y a Eric a manejarlos. Para Amanda y la tía Paula, Benson es un miembro más de la familia, y así se lo han hecho saber en numerosas ocasiones.



Esme: va al instituto con Amanda y Eric, y, de hecho, los tres son inseparables. Conoce la herencia de Amanda y siempre está dispuesta a echarle una mano cuando su amiga lo necesita. Le encantaría acompañarla en sus misiones y cuenta con que algún día se lo pida, pero mientras tanto, se alegra de tenerla como amiga y estar siempre al tanto de sus últimas aventuras. Hace poco comenzó a salir con Eric y ambos están muy enamorados. A los dos les encanta pasar tiempo con Amanda, pero ella siempre está buscando la manera de conseguir que Esme y Eric pasen tiempo a solas.



Lord Thomas Thomsing: lord inglés perteneciente a una familia que, en la antigüedad, fue una poderosa aliada de los Black. Tras la utilización por parte de uno de sus antepasados de un amuleto mágico (con consecuencias desastrosas), la familia del lord fue expulsada del culto a la diosa Maat. Ahora, tras demostrar lord Thomas su fidelidad y su valor, los Thomsing han recuperado su lugar junto a la familia de Amanda, de lo cual, la tía Paula se alegra mucho (muchísimo).



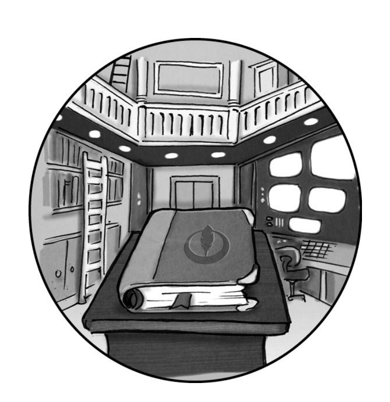
Lugares

Mansión Black: el hogar de los Black desde hace cientos de años. Amanda recibió la mansión y todo su contenido como herencia al cumplir trece años. Si bien su exterior está bien conservado, el interior es otra cosa. Han podido habilitar algunas de

las habitaciones para su uso diario, pero la gran mayoría todavía está en un estado cochambroso y casi ruinoso. Poco a poco, la tía Paula, Benson y Amanda van trabajando para devolverle todo su esplendor. Lo malo es que, a pesar de tener la fortuna que heredó la joven, no pueden hacer uso de ella para hacer obras porque temen que alguien pueda descubrir los secretos que se guardan en su interior. La Mansión Black tiene pasadizos ocultos, habitaciones que aparecen y desaparecen y muchas cosas que Amanda todavía no ha descubierto.



El taller: así es como llaman al sótano de la Mansión Black y es donde se preparan todas las misiones de Amanda y de Eric. Dentro del taller se esconde la Galería de los Secretos, en la que se conservan los objetos robados en cada misión (de la cual mientras sigan siendo peligrosos no volverán a salir). Además, cuenta con los ordenadores más potentes; un hangar, en el que se guardan las aeronaves (algunas supersónicas) que necesitan para desplazarse por todo el mundo en tiempo récord; un enorme vestidor con todos los trajes necesarios, desde ropa de escalada a vestidos de fiesta; una biblioteca; una zona de estudio, y parte del circuito de entrenamiento que Amanda tiene que hacer a diario (la otra parte está en los jardines de la Mansión Black, si bien, en la actualidad, es bastante generoso llamarlos «jardines»).




EL DÍA QUE CUMPLÍ TRECE AÑOS RECIBÍ UNA CARTA MISTERIOSA.


ASÍ SUPE QUE SOY LA HEREDERA DE UN CULTO DEDICADO A LA DIOSA MAAT QUE SE REMONTA AL ANTIGUO EGIPTO.


¿QUÉ SIGNIFICA ESTO? QUE DEBO SACAR DE LA CIRCULACIÓN OBJETOS QUE SEAN PELIGROSOS PARA LA HUMANIDAD.
Y POR «SACAR DE LA CIRCULACIÓN» ME REFIERO A ROBAR.
MI HERENCIA CONLLEVA ALGUNOS DONES, COMO UNA FUERZA Y UNA VELOCIDAD EXTRAORDINARIAS (SIN SER YO UNA SUPERHEROÍNA NI NADA DE ESO).

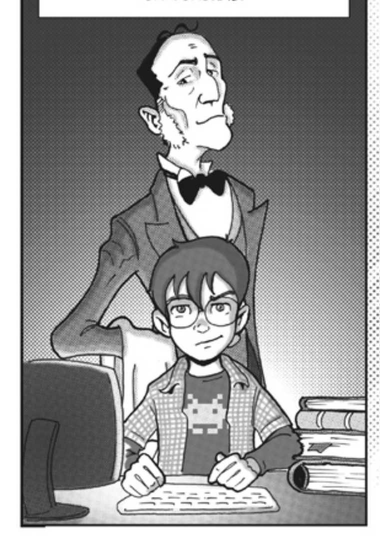
POR CIERTO, MIS PADRES DESAPARECIERON POCO DESPUÉS DE QUE NACIERA Y ME HE CRIADO CON MI TÍA ABUELA PAULA.





LA TÍA PAULA ME ENTRENA PARA DESARROLLAR AL MÁXIMO MIS HABILIDADES Y PODER LLEVAR A CABO TODAS LAS MISIONES CON ÉXITO.

TAMBIÉN CUENTO CON LA AYUDA DE BENSON, NUESTRO PECULIAR MAYORDOMO, Y LA DE ERIC, MI MEJOR AMIGO, UN GENIO DE LOS ORDENADORES Y DE LA TECNOLOGÍA EN GENERAL.



ME LLAMO

AMANDA BLACK

Y ÉSTA ES MI HISTORIA.

Prólogo

Creo que no había estado nunca en una situación peor… Y he estado en algunas bastante complicadas, como aquella vez que me caí desde una altura de cuatrocientos setenta y siete metros, o cuando tuve que saltar a un tren en marcha… También me vienen a la cabeza la ocasión en que tuve que salir por pies de un templo que se derrumbaba a mi paso o cuando estuve colgada de un precipicio, entre otras.

Muchas otras.

Ninguna como ésta.

Me han tirado al Nilo, estoy atada de pies y manos… De hecho, alrededor de los tobillos tengo una cuerda amarrada a una piedra enooorme para que no flote.

Me estoy ahogando.

Y, por si todo esto no fuese suficiente, un cocodrilo inmenso y de piel rugosa como la corteza de un árbol se aproxima a mí a una velocidad preocupante. Sus fauces abiertas me permiten verle los dientes, puntiagudos, triangulares e irregulares. Esos colmillos ocupan todo mi campo de visión… Eso, o yo no puedo separar los ojos de ellos, que también podría ser.

No entiendo cómo he llegado hasta aquí, se suponía que veníamos a Egipto a una fiesta… No sé qué del despertar del Nilo… Un compromiso de la tía Paula, que pensó que sería divertido que viniésemos todos y nos tomásemos unos días de descanso.

Descansar voy a descansar en breve, cuando se me agote el aire que he conseguido retener en los pulmones antes de zambullirme

con un chapoteo en las aguas de uno de los ríos más largos del mundo. Un leve chapoteo que, con mi tamaño, es lo máximo a lo que puedo aspirar.

Sí, descansar voy a descansar, pero para siempre.

Mi único consuelo es que voy a morir en el país que vio nacer a mis ancestros, donde todo empezó… El lugar de procedencia de los Black… Si es que eso es algún tipo de consuelo.

La verdad es que preferiría no morir, pero siendo quien soy y haciendo lo que hago, una muerte prematura nunca ha estado fuera de la ecuación. Es lo que tiene ser la heredera de un antiguo culto a la diosa egipcia Maat que se dedica a sacar de la circulación objetos que podrían ser peligrosos para la humanidad. Y cuando digo «sacar de la circulación», quiero decir robar. Soy una ladrona. Una muy capacitada.



Me viene de familia.

Mi herencia incluye poderes como superfuerza, supervelocidad y esas cosas; no obstante, no creo que en la situación en la que me encuentro me sirvan de mucho. Ya he intentado romper las cuerdas que atenazan mis brazos y piernas, y son lo bastante gruesas para

evitar que alguien como yo las rompa.

Siento que ya no puedo retener durante más tiempo el aire en los pulmones.

Burbujas suaves, esferas perfectas y brillantes como pompas de jabón, escapan de entre mis labios. Sigo con la mirada su ascenso hasta la superficie, hacia el oxígeno, hacia la salvación. Me encantaría acompañarlas, pero mis ataduras —y la piedra, claro— me lo impiden.

O alguien me salva o éstos serán mis últimos instantes de vida.

1

—¡Tía Paula! ¡Espérame! Vas muy rápido —exclamé apresurándome.

Intentábamos abrirnos paso entre la multitud de personas que abarrotaban los callejones estrechos y zigzagueantes del zoco de El Cairo… O, más bien, yo lo intentaba, porque el resto de mi grupo —formado por la tía Paula, lord Thomsing, Benson y Eric— me sacaba algo de ventaja.

Avanzar por aquellas calles era poco menos que una aventura en sí misma. No sólo tropezaba con los transeúntes, turistas y comerciantes que saturaban la zona, sino que mi nariz también chocaba de frente con los aromas de las especias, en ocasiones dulces, a veces picantes, que bañaban el ambiente. El polvo hacía lagrimear mis ojos casi impidiéndome admirar la belleza de los edificios y los arcos de estilo mameluco —eso me lo había dicho la tía Paula, porque yo no tenía ni idea—, mientras que las prisas de ésta por llegar a nuestro destino hacían imposible que me detuviese a admirar las mercancías que los artesanos de la zona ofrecían en sus talleres y puestos. El mercado databa del siglo XIV y tenía que reconocer que era una auténtica maravilla. Con demasiada gente, pero maravilla al fin y al cabo.

Hacía apenas dos días que mi tía había recibido un misterioso sobre a su nombre. Era de un suave color dorado y todo el borde, tanto en el anverso como en el reverso, estaba recorrido por una fina línea negra y brillante. Todo lo que pude ver fue el nombre del remitente, un tal Zahi Hewiss, y un sello en lacre negro que

aseguraba que el sobre no había sido abierto.

Cuando Benson le entregó la misiva, mi tía no pudo evitar soltar un gritito emocionado. La abrió con reverencia y extrajo de su interior una tarjeta también negra y brillante, como el fino filo del exterior. El texto estaba escrito con una tinta que refulgía con un resplandor áureo. Con ojos ávidos, mi tía se acercó la tarjeta al rostro para leerla y la extraña tinta iluminó sus rasgos.

Esperé un tiempo prudencial, aproximadamente dos segundos, antes de decir nada, ya que enseguida me di cuenta de que el contenido de aquel sobre había transportado a mi tía a algún lugar que yo desconocía.

—¿Qué es eso, tía Paula? —pregunté intentando disimular la curiosidad que sentía.

—¿Esto? —me devolvió la pregunta regresando al presente. Se había dado cuenta de mi interés e iba a hacerme sufrir—. Esto es lo mejor que nos ha pasado en mucho tiempo… Es una invitación.

—De ésas recibimos muchas en casa, ¿qué tiene ésta de especial? —dije.

—La envía un amigo mío. Uno al que conozco desde que era niña.

—Ya… —respiré hondo—. ¿Algo más?

—Es el conservador del Museo Egipcio de El Cairo…

—¡¿Y qué dice?! —exploté por fin, intentando quitarle la tarjeta. Fui demasiado lenta, porque ella la retiró de mi alcance riendo.

—Nos vamos a Egipto —zanjó cuando consideró que ya me había hecho sufrir bastante—. Mi amigo nos invita a las dos y a nuestros acompañantes a una celebración que ocurre una vez en la vida. Es algo histórico, único. El despertar del Nilo.

—¿El despertar del Nilo? ¿Qué es eso? ¿No está despierto?

Mi tía volvió a reír.

—No, no lo está, eso es lo que se quiere evitar con este ritual —comenzó a explicar—. Dice la leyenda que, cada doscientos años, el Nilo despierta y se enfurece, y si no se hace nada por evitarlo, las plagas cubrirán la Tierra…

—¿Qué plagas? —interrumpí.

—A ver si me acuerdo… —Mi tía entrecerró los ojos intentando recordar—. La primera es que el agua se convertirá en sangre, la segunda es la invasión de las ranas, luego vienen piojos, moscas y, a continuación, la muerte del ganado. —Cada vez que decía una, alzaba un dedo. Ya había levantado todos los de la mano izquierda y comenzó con los de la mano derecha—. Después las úlceras… A partir de aquí la cosa se pone más fea, porque las siguientes son una lluvia de fuego y granizo, una plaga de langostas y saltamontes, las tinieblas y la muerte de los primogénitos… Eso es, creo que no me he dejado ninguna.

—Vaya… Pues sí que tiene mal despertar el Nilo… —comenté con un resoplido.

—Oh, bueno, cariño, en realidad no es más que una fiesta que se celebra cada doscientos años… Y también la ocasión perfecta para que visitemos el país que vio nacer a los Black. Será divertido… El ritual de dormir las aguas impide que el dios del Nilo, Hapi, se enfurezca y que las plagas no cubran la Tieeeeeerraaaaaa —finalizó con un tono lúgubre a la vez que movía los dedos a ambos lados de su cara.

Me eché a reír, la tía Paula estaba de un humor excelente. La perspectiva de viajar a Egipto había conseguido que su rostro resplandeciese de felicidad.

—No será tan malo el tal Hapi si con una simple fiesta se relaja —comenté todavía riéndome.

—Venga, Amanda, será divertido… —insistió. A media frase se le ocurrió algo más y se le abrieron mucho los ojos. Yo esperé paciente a que lo soltase, si bien ya lo veía venir—. ¡Nos quedaremos unos días allí y podremos visitar Egipto! Siempre he querido volver.

A mí me parecía un rollazo lo de tener que ir a esa fiesta, seguro que estaba llena de gente mayor y aburrida hablando sobre cosas aburridas y pegando pequeños sorbos aburridos a sus copas siempre llenas de vino, pero si incluía unas vacaciones —faltando al

instituto— y, además, conseguía poner así de contenta a mi tía, por mí ya estaba bien.

Tras aquel «incidente» con la Campana de Jade, había temido que nuestra relación no volviese a ser la misma; sin embargo, poco a poco, íbamos recobrándonos de todo lo sucedido… Además, podía llevar a un acompañante y tenía clarísimo a quién me iba a llevar: a Eric, mi mejor amigo. Si él quería, por supuesto.

Y quiso.

Dijo algo así como que no todos los días le invitaban a uno a un acontecimiento histórico. ¡Y en Egipto! Con las ganas que tenía él de conocer el país, sus templos, sus pirámides y sus tumbas milenarias con sus momias también milenarias y todo. Lo único que le preocupaba un poco era poder convencer a su madre para que le permitiese venir. La tía Paula habló con ella durante unos minutos y, cuando colgó, su sonrisa me dijo lo que necesitaba saber: Eric podría acompañarme. Con un grito emocionado, corrí escaleras arriba para decidir qué me llevaba a las primeras vacaciones de mi vida. ¡Por fin un viaje en el que podría visitar algo! ¡Sin misiones! ¡Sin carreras contrarreloj! ¡Sin peligros! ¡Unas vacaciones normales!

En apenas un par de horas habíamos hecho el equipaje, y mi amigo y lord Thomsing, que había sido invitado por mi tía, ya habían llegado a casa. Mi tía y lord Thomsing continuaban adelante con su relación y parecían más enamorados que nunca; yo me alegraba mucho por la tía Paula, se merecía ser feliz. Muy feliz. Llevaba demasiado tiempo cuidando de mí y olvidándose casi de vivir su propia vida. Sí, merecía ser feliz con lord Thomas.

Poco después partíamos en uno de nuestros aviones, con nuestras mejores galas bien guardadas y dobladas dentro de las maletas, en dirección a El Cairo.

Benson, por supuesto, nos acompañaba y estaba tan emocionado o más que la tía Paula con la perspectiva de visitar Egipto, ya que, según dijo, hacía siglos que no iba. Yo le había ofrecido mi invitación para asistir al ritual de dormir las aguas, pero por lo visto no me iba a escapar tan fácilmente de esa fiesta aburrida llena de

gente aburrida, ya que él había recibido la suya propia. En el vuelo, la tía Paula nos entretuvo contándonos historias sobre Egipto, sobre el dios Hapi y sobre muchos otros dioses adorados en la antigüedad. Además, nos enseñó a escribir Hapi en jeroglíficos, si bien nos explicó que había diferentes formas de escribirlo. Con todo eso, el vuelo se nos pasó en un suspiro y, casi sin darnos cuenta, estábamos aterrizando en El Cairo.

Y allí me encontraba en aquellos momentos, con mi vestido más elegante y mis zapatos más incómodos, apretando el paso por aquellas callejuelas tras haber ido a tomar el té al local de un comerciante de antigüedades, amigo de toda la vida de mi tía y de Benson, intentando llegar a tiempo al comienzo del ritual.

Poco me imaginaba en esos momentos que aquélla no iba a ser la última carrera de la noche.

2

Avanzaba a trompicones entre alfombras, shishas, pergaminos y otros objetos para turistas que no llegué a reconocer cuando, sin previo aviso, sentí un tirón en el brazo. Me vi arrastrada a un callejón todavía más estrecho y oscuro que el que acababa de abandonar. Si extendía los brazos a los lados del cuerpo podía tocar los muros, construidos con gruesos bloques de roca a ambos lados. Al fondo, vi que se trataba de un callejón sin salida, ya que una gran puerta doble de madera ajada por los siglos ocupaba el tercer muro.

Frente a mí se encontraba una mujer muy anciana. Su rostro arrugado y el cuerpo encorvado hacían que fuera difícil calcular su edad a simple vista, podría tener entre setenta y trescientos cincuenta años. De piel oscura y apergaminada, cubría sus cabellos con un velo azul, y su ropa, también azul, sólo dejaba al aire las manos, tostadas y nudosas. Pero lo que más me llamó la atención fueron sus ojos oscuros y rasgados, enmarcados por pestañas largas y negras. Jóvenes. En los iris de aquella mujer, pequeñas motas doradas brillaban en una danza primigenia y hermosa, como un universo en miniatura. Nunca había visto unos ojos más extraños y cautivadores. Me quedé mirándolos como una idiota antes de ser capaz de decir nada.

—Señora, creo que se ha equivocado de persona… —balbuceé a duras penas—. No quiero comprar nada.

La mujer levantó las cejas y negó levemente con la cabeza antes de hablar. Todavía sujetaba mi brazo con sus manos. Yo no hice

nada por soltarme. Su tacto, exigente al tirar de mí hacia la penumbra del callejón, era ahora amable y delicado.

—Yo creo que no me he equivocado, niña. No vendo. No a ti. Pido —contestó con voz rasposa, como polvo sobre la piedra—. No permitas que ocurra lo que va a ocurrir.

—¿Nos conocemos, señora?

—Yo a ti sí. Eres una de las hijas de Maat. A ver si os pasáis más por aquí, que ésta es vuestra tierra, que parece que os cuesta venir… Con lo que os queremos en vuestra casa y la de años que hace que no la pisáis… En fin, niña, que no permitas que ocurra lo que va a ocurrir.



—¿Y qué va a ocurrir? —pregunté.

—Algo terrible.

Vale, por ahí no parecía que fuese a averiguar mucho más. Tenía que cambiar de estrategia.

—¿Y cómo lo evito?

—¡Yo qué sé! —exclamó levantando los brazos—. Sólo soy una vieja buhonera, improvisa sobre la marcha.

En ese momento, alguien entró en el callejón. Me di la vuelta para mirar.

Una pareja de turistas cargados con bolsas llenas de recuerdos vieron que no había tiendas en aquel lugar y regresaron sobre sus pasos para continuar con su día de compras.

Me volví para continuar la conversación con la anciana, pero había desaparecido.

Aquellos egipcios eran gente extraña.

Me encogí de hombros y me apresuré, debía encontrar a los demás. Ya tendría tiempo más tarde para contarle lo sucedido a la tía Paula. Aquella anciana parecía saber quién era yo… Y su mensaje había sido claro: iba a suceder algo terrible y yo, como hija de Maat, tenía que evitarlo. Bueno, decir que su mensaje había sido claro tal vez fuese una exageración, porque detalles no me había dado ninguno. No sabía qué iba a ocurrir ni cómo evitarlo. Tendría que estar alerta aquella noche durante la fiesta de dormir las aguas.

—¿Dónde te habías metido? —preguntó Eric cuando, por fin, les di alcance.

—Luego te cuento. —La mirada afilada que me lanzó mi tía me aconsejó dejar la narración para cuando estuviésemos más tranquilos. Entonces lo único que me preocupaba era no torcerme un tobillo con aquellos monstruosos zapatos de tacón que había elegido, con muy poco criterio, para la fiesta.

Por fin llegamos a la vía en la que nos esperaba el vehículo que nos llevaría a los muelles, donde todo estaba ya preparado, aguardando tan sólo a que los invitados fuésemos llegando para que diese comienzo la noche más importante de la historia egipcia de nuestros tiempos… Hasta doscientos años después, cuando volvería a tener lugar el ritual que dormiría a Hapi, el dios del mal despertar.

—Yo no creo que aguante toda la noche con estos zapatos —comenté quitándome uno de ellos. Viajábamos en una elegante

furgoneta con tres filas de asientos. Un cristal negro y opaco nos separaba del conductor y, frente a nosotros, una mininevera contenía el paraíso de los adultos. Mi tía y lord Thomsing degustaban unos cócteles que habían sacado de ahí y reían como adolescentes.

—Tenga, señorita Amanda —dijo Benson pasándome desde el asiento que ocupaba, delante de mí, mis viejas zapatillas negras—. Con ese vestido nadie se dará cuenta de que las lleva puestas.

—¿Cómo sabías que las necesitaría? —pregunté sorprendida a la vez que las cogía.

—Es mi trabajo, mi querida niña.

—¿Y dónde las escondías? No he visto que llevases ninguna mochila… —En realidad me daba igual con tal de no tener que caminar toda la noche sobre esos incómodos tacones que ya yacían, abandonados, en el suelo de la furgoneta.

—No quieras saber más de la cuenta —rio mi tía—. Venga, termina de atarte las zapatillas, que ya hemos llegado.

Los tres adultos bajaron del automóvil. Yo comencé a levantarme, pero Eric me retuvo con un gesto.

—No llevaba mochila ni bolsas ni nada —me susurró al oído.

—¿Pensáis salir o qué? —se impacientó la tía Paula, dejándome sin tiempo para responder a lo que acababa de decirme mi amigo.

Por segunda vez en la tarde, me encogí de hombros y salí de la furgoneta con Eric pisándome los talones.

Los dos le dedicamos una mirada inquisitiva a Benson, quien, de espaldas a nosotros, no se dio ni cuenta.

Caminamos entre cientos de invitados ataviados con elegantes trajes de lino o algodón y vestidos de mil colores diferentes que reían alegres y despreocupados. Entre ellos había altos cargos políticos, princesas y duques llegados de lejanos países, empresarios adinerados de barrigas prominentes, modelos, cantantes, actores y actrices… Y, después, nosotros.

Yo seguía preguntándome qué pintábamos Eric y yo allí. Preveía una noche bastante aburrida para ambos, llena de conversaciones

superficiales, de ostentaciones y de cosas de personas mayores. Mirándolo en retrospectiva, ojalá nos hubiésemos aburrido.

3

La noche ya había caído sobre los muelles, que lucían engalanados, como los invitados, decorados con cintas doradas, flores y farolillos luminosos que guiaban a los presentes hasta las barcazas desde las que asistirían al ritual. El Nilo acogía en sus aguas varias de estas barcazas y plataformas, todas unidas entre ellas por pasarelas de madera para que los asistentes pudiesen ir y venir a su antojo. En el centro, destacaba la del ritual, rebosante de flores y presidida por la estatua de Hapi, iluminada también por farolillos y rodeada de velas doradas.

Nos dirigimos a la barcaza que nos habían asignado, una de las más cercanas a la que acogía al dios del Nilo, y en la que ya se reunían numerosas personas. Los camareros zigzagueaban entre los invitados con bandejas repletas de deliciosos canapés y cócteles de colores. Nos costó bastante atravesar todos los controles de seguridad, tuvimos que enseñar nuestras invitaciones varias veces antes de poder acceder al lugar en el que se celebraba el evento, pero lo conseguimos.

Había varias mesas bajas repartidas por el espacio, rodeadas de mullidos sofás y pufs. En la proa había mesas altas rodeadas por banquetas altas con respaldo, todo blanco. De haber sido de día, habríamos necesitado gafas de sol o tanta blancura nos habría deslumbrado.

Todo el mundo parecía pasarlo bien.

Benson, lord Thomsing y mi tía se acomodaron en una de las mesas con sofás, pero Eric y yo preferimos acodarnos en la

barandilla, donde teníamos una panorámica completa de las aguas, de la orilla opuesta y de la barcaza ritual, en la que esperaba paciente la estatuilla del dios Hapi sobre un pedestal de mármol blanco.

Miré la figura del dios con detenimiento, era bastante pequeña, de unos treinta centímetros de alto, y se apoyaba en una pequeña base de madera que le añadía unos cinco centímetros más. Representaba lo que creí que era un hombre azul, sentado sobre sus piernas y tirando a barrigón… Tenía pechos grandes, lo que me hizo dudar de si era un dios o una diosa… Lo que estaba claro era que no aparentaba el mal genio que tenía. En la base había algo escrito que no llegué a ver desde donde me encontraba.

Durante el viaje, la tía Paula nos había contado que aquella estatuilla era fundamental para el ritual, sin ella no podía celebrarse. Durante el mismo, se le hacían ofrendas mientras los egipcios entonaban cantos apaciguadores. A continuación, la barcaza ritual bajaba en procesión por el Nilo durante varios días para que todos pudiesen presentarle sus cánticos y regalos. Se trataba de una cosa bastante sencilla, pero teniendo en cuenta las veces que las plagas habían asolado la Tierra, no por ello menos eficaz.

La barcaza partiría al amanecer, momento en el que la fiesta del ritual en El Cairo llegaría a su fin.

Yo esperaba que mi tía decidiese volver antes al hotel. Si tenía que aguantar allí hasta el amanecer, era muy probable que terminase durmiéndome en alguno de aquellos sillones blancos.

Mi mirada continuó viajando por el paisaje, fijándose en pequeños detalles aquí y allá: la decoración, el resto de las barcazas, los camareros que se afanaban en atender a los invitados, los propios invitados… Uno de ellos, situado en una de las plataformas más cercanas a la estatua, llamó mi atención. Era un tipo elegante, con traje de lino de un tono *beige* muy claro para poder soportar las altas temperaturas egipcias; sobre su cabeza, tapándole los ojos, lucía un sombrero Panamá blanco rodeado en todo su perímetro por

una cinta negra.

Él no separaba los ojos de la estatua y yo no los separaba de él. Su mirada era demasiado intensa para una simple fiesta. Aquel tipo tramaba algo.

—Eric, ¿tienes aquí tu dispositivo? —pregunté a mi amigo en un susurro mientras tomaba una fotografía de la estatua con mi móvil.

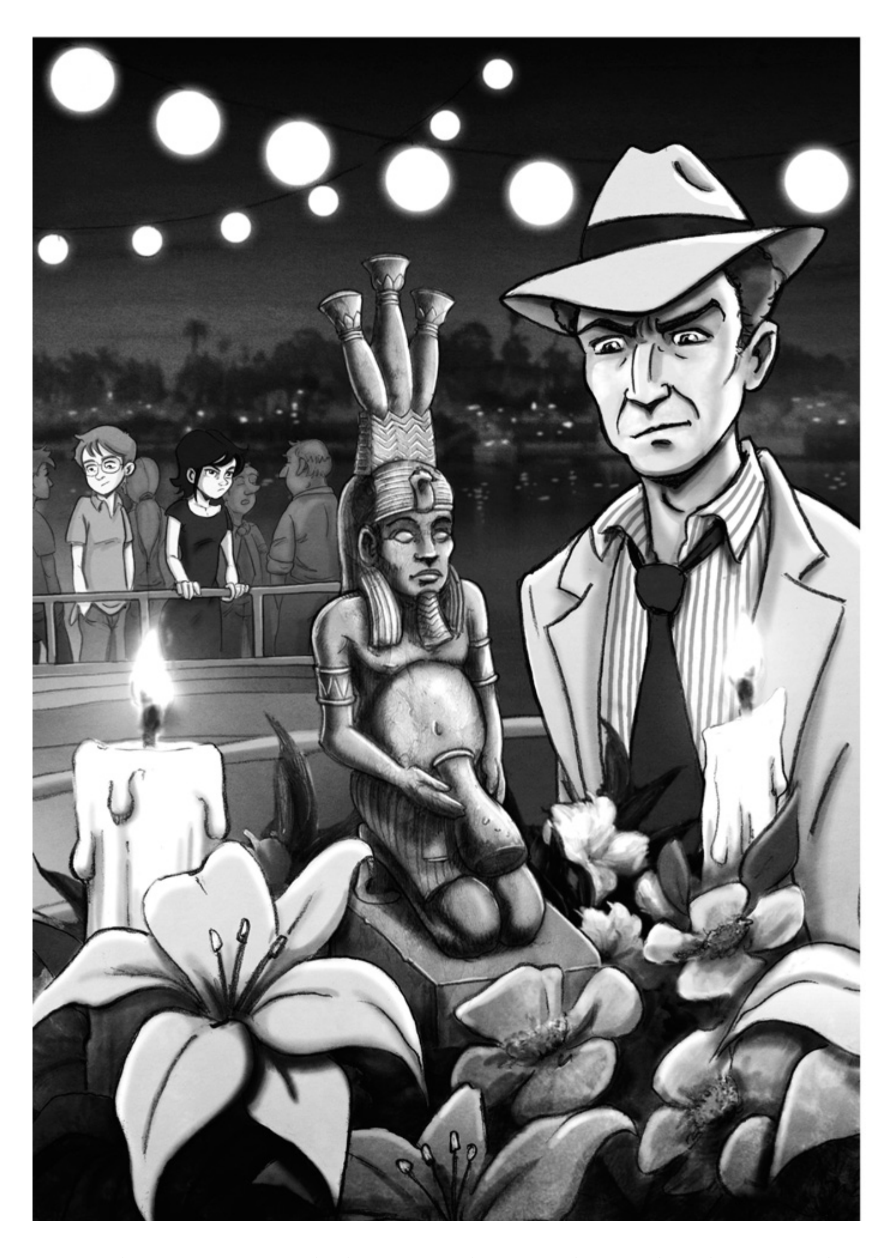
—Nunca salgo sin él —replicó Eric, también en voz baja, sacándolo del bolsillo interior de su chaqueta.

—Hazme un favor. Mira a ver si esa estatua está en el manifiesto de los Black.

—¿Por qué? ¿Pasa algo? —Ya había comenzado a teclear.

Benson y él habían conseguido informatizar todo el manifiesto de los Black. Ahora podíamos consultarlo en cualquier momento y lugar. Al principio a mí no me había parecido algo muy útil, pero iba a tener que tragarme mis palabras en ese mismo instante.

—No pasa nada… Creo. Es una corazonada.



Miré la imagen que había tomado con el móvil y después alcé la mirada hacia el extraño. Durante unos segundos más, esperé a que mi amigo encontrase la información, todavía con la mirada clavada en el tipo aquel.

—No… En el manifiesto no hay nada sobre la estatua. No parece

ser peligrosa —dijo Eric volviendo a guardar el dispositivo.

—Pues ya me dirás qué encuentra ése de interesante en ella —contesté señalando al tipo para que mi amigo pudiese localizarlo.

Justo en ese momento, cuando yo tenía el dedo levantado en su dirección, el hombre clavó la mirada en nosotros. Bajé la mano a la velocidad de la luz… O puede que un poco más despacio, porque pareció darse cuenta de que lo señalaba.

Cuando nos miró, la luz de uno de los farolillos bañó su rostro permitiéndonos ver sus rasgos, antes en penumbra.

Azules.

Tenía los ojos azules.

Casi transparentes.

Su gesto serio y su postura tensa me indicaron que no le hacía mucha gracia que le estuviésemos observando. Giró sobre sus talones y se alejó de nosotros.

—A ver, sospechoso es —comentó Eric viendo cómo desaparecía entre los invitados—, pero tampoco nos incumbe. No tenemos nada sobre esa estatua. Si quieres, hago una búsqueda y averiguo algo más sobre ella.

—No, déjalo, será que tengo que cambiar el chip. No estamos de misión, estamos de vacaciones —dije con una risa nerviosa. Aquel hombre me había dado malas vibraciones.

—Te aburres tanto como yo, ¿verdad? —comentó Eric.

—Y puede que un poquito más —repliqué cogiéndolo del brazo y acercándonos a la mesa donde se encontraban los adultos—. Venga, esto debe de estar a punto de empezar.

Nos sentamos en dos pufs, frente a los adultos que ocupaban los sillones y miraban a su alrededor emocionados. Varios invitados se acercaron a saludar a la tía Paula y a Benson, ella les presentaba a lord Thomsing y charlaba relajada durante unos instantes.

Me di cuenta de que mi tía conocía a muchas de aquellas personas, pero nunca me había hablado de ellos. Ni siquiera sabía que hubiese estado en este país en alguna ocasión, pero por el número de visitantes que se acercaban a saludar y el grado de

familiaridad que mostraba con ellos, debía de haber venido varias veces. Muchas veces.

No se acababa de ir una persona, cuando ya se acercaba otra.

—Amanda, Eric, os presento al doctor Hewiss —dijo en un momento dado la tía Paula.

Levanté la vista y vi a un hombre alto, algo grueso por la zona de la cintura y de rostro tostado. De sus ojos salían finas arrugas, como rayos de sol, que revelaban que ese hombre sonreía mucho. En ese momento, tendía su mano hacia mí. Su enorme sonrisa dejaba al descubierto unos dientes perfectos y blancos.

—Encantada de conocerle, doctor Hewiss —dije devolviéndole el apretón de manos. Noté como mis labios se extendían a los lados, la sonrisa de aquel hombre era contagiosa.

—Encantado, pero nada de formalidades, llámame Zahi —contestó con una sonora carcajada—. Si mi madre viese a un Black llamándome «doctor», me reñiría. Le debemos mucho a tu familia… ¿Os importa que me quede con vosotros a ver el ritual? Está a punto de comenzar…

—Por supuesto, querido —dijo mi tía haciéndole hueco en el sofá.

En ese momento, todas las luces se apagaron.

Los gritos asustados de los invitados llenaron el ambiente. Por el estrépito de cristales rotos, adivinamos que algunos camareros, tras tropezar o chocar contra algo o alguien, habían dejado caer sus bandejas. Un par de gruñidos indignados y de disculpas murmuradas llegaron hasta mis oídos.

Yo intentaba acercarme a la barandilla donde habíamos estado apoyados Eric y yo momentos antes. Algo me decía que aquel apagón no era casual.

A la luz de las velas, cuyas tenues llamas continuaban iluminando levemente la barcaza ritual, pude ver algún movimiento alrededor de la estatuilla de Hapi; sin embargo, no conseguí ver mucho más.

Poco después, los farolillos volvieron a encenderse.

Un jadeo ahogado se escapó de los labios de todos los presentes.

La estatua había desaparecido.

Miré a mi alrededor buscando algo fuera de su sitio… E intentando localizar al hombre que me había dado mala espina.

Un par de barcazas más allá, vi un sombrero blanco alejándose. Miró por encima del hombro y fijó sus ojos en mí, dio media vuelta y continuó avanzando hacia la orilla más alejada de donde yo me encontraba.

Comencé a seguirlo con discreción, él miraba hacia atrás cada pocos metros, escurriéndose entre los asistentes, que no tenían más que ojos para el espacio vacío que había ocupado la figura del dios del Nilo. Yo sorteaba a la gente sin apresurarme, pidiendo paso con educación, sin empujones, pero sin perderle de vista. Si hubiese podido utilizar mis dones Black, lo habría alcanzado en menos de un minuto; no obstante, en medio de aquella multitud, era imposible. Es cierto que no estaban prestándonos atención, pero estaba casi totalmente segura de que una adolescente saltando de barcaza en barcaza y corriendo a toda velocidad habría conseguido captar su interés. No, tenía que controlarme.

El tipo se dio cuenta de que lo seguía y apretó el paso. Yo también lo hice, con bastante menos éxito que él. Por lo visto, cuando es una adolescente la que quiere pasar, la gente es más reticente a permitírselo… O bien prefieren que te muevas tú o bien ni siquiera te ven. Conclusión: yo avanzaba mucho más despacio que el sospechoso. A aquel ritmo iba a perderlo.

Por fin alcanzó el muelle de la otra orilla y echó a correr. Lo seguí con la mirada mientras continuaba pidiendo permiso para pasar —a lo mejor no con tanta educación como antes—, intentaba rodear a la gente. Se me ocurrió ir por fuera de la barandilla, pero lo descarté de inmediato: demasiado llamativo. Me deslizaba entre los cuerpos, en ocasiones los apartaba con gentileza y, en otras, no era tan gentil. Hubo un par de personas que se retiraron de mi camino sin protestar y pidiendo perdón.

La minoría.

Por fin llegué al muelle por el que el hombre había desaparecido y corrí en la misma dirección en la que lo había hecho él. Pero fue en vano.

A lo lejos escuché el motor de un coche, cada vez más lejos, perdiéndose entre las sombras de la ciudad hasta que ya no se pudo oír. Como si nunca hubiese estado allí.

El hombre se había esfumado sin dejar ninguna pista tras de sí.

Regresé con Eric y los demás cabizbaja y frustrada. Si hubiese hecho caso a mi instinto, esto no habría sucedido.

—¿Dónde estabas, querida? —preguntó mi tía cuando llegué. Se había levantado y charlaba en susurros con Benson y con lord Thomas Thomsing.

—Perseguía al ladrón de la estatua, pero se me escapó —repliqué enfadada dejándome caer en uno de los pufs—. No podía utilizar los dones Black… Me habría visto todo el mundo.

—Siento que no hayas podido cogerlo, cielo —dijo mi tía posando una mano en mi hombro—, pero has hecho bien. Permite que sean las autoridades egipcias las que atrapen al ladrón, nosotros estamos de vacaciones.

—Pero… —intenté protestar.

—Ni pero ni pera —me interrumpió la tía Paula—. De eso estaba hablando con Benson y con Thomas, creo que no debemos inmiscuirnos. A Benson no le suena que la estatua aparezca en el manifiesto… Éste es un caso para la policía local.

Por el tono de mi tía adiviné que no había más que decir. Ella ya había dado por finalizado el caso.

—¿Qué ha pasado aquí mientras yo no estaba? —pregunté más por cambiar de tema que porque me interesase. Era obvio que nadie en mi grupo estaba muy preocupado.

—Bueno, se ha suspendido el ritual, pero no la fiesta. Según mi amigo Zahi, ésta es una ocasión excepcional para atraer al turismo, así que no piensan desperdiciarla por un simple robo… Ahora está hablando con la policía, pero en cuanto pueda, se unirá de nuevo a nosotros.

El revuelo causado por la desaparición de la estatua se apaciguó en cuanto los responsables del Museo Egipcio de El Cairo pudieron tranquilizar a los asistentes asegurándoles que las autoridades ya estaban tras la pista del ladrón. A mí me extrañó mucho saber eso, ya que yo misma lo había perseguido y se me había escapado delante de las narices. Además, sabía que no había actuado en solitario: alguien tenía que haber apagado las luces para que aquel hombre sospechoso pudiese acercarse y llevarse la estatua con él mientras los asistentes continuaban asustados por la repentina oscuridad. Y alguien más tenía que conducir el coche en el que había escapado… Porque estaba segura de que aquel motor que había escuchado era el del automóvil en el que el tipo se había dado a la fuga. No obstante, la tía Paula había sido tajante: no era nuestro problema.

Al día siguiente, supimos que sí lo era.

4

—Buenos días, niños —nos saludó mi tía a Eric y a mí cuando bajamos a desayunar. Leía el periódico con lord Thomsing sentado frente a ella y Benson sentado a su derecha. Frente a ellos, un desayuno compuesto de cafés, zumos de granada, tostadas, frutas, bacon, huevos y un mamut esperaba a que diesen buena cuenta de él—. ¿Estáis preparados para ir a visitar las pirámides?

—Yo sí —dijo Eric haciéndose con una tostada y dándole un mordisco enorme—. ¡Qué hambre tengo!

—Y yo… ¿Se sabe algo del robo de anoche? —comenté mientras me sentaba y me servía zumo en el vaso.

—No, no se sabe nada, pero ya te lo dije anoche —me recriminó mi tía dejando el periódico a un lado—: no es nuestro problema. Estamos en un lugar maravilloso, hace un clima maravilloso y nos vamos a permitir disfrutar todos de unas vacaciones maravillosas —zanjó con una sonrisa que lindaba con la advertencia.

Refunfuñé y miré a mi alrededor.

Tenía que reconocer que mi tía tenía parte de razón; en realidad, TODA la razón. Aquéllas podían ser unas vacaciones geniales si yo me olvidaba del robo de la estatua. El hotel en el que nos hospedábamos era una pasada. Las habitaciones, muy espaciosas y confortables, contaban con todo lo que pudiésemos desear. Una piscina grande como un lago, con toboganes y cascadas, ocupaba uno de los laterales del hotel; al otro lado unos jardines enormes permitían a los clientes pasear alejados del bullicioso ajetreo de los coches —en El Cairo conducían como si las normas de tráfico

fuesen meras sugerencias, algo que ya habíamos podido comprobar en un par de ocasiones—, y, en la parte trasera, una amplia terraza de madera suspendida sobre el río Nilo y en la que nos encontrábamos nosotros en aquellos instantes servía como zona de bar y restaurante.

Las barcazas de la fiesta habían desaparecido de las aguas y el lento vaivén de la corriente desplazaba los barcos de recreo repletos de turistas que se dirigían a los templos situados a lo largo de las orillas del río y a los que era casi imposible acceder por carretera. En unos días nosotros viajaríamos a bordo de uno de aquellos barcos. Iríamos hasta el lago Nasser, donde podríamos visitar uno de los templos que más ganas tenía yo de conocer. Según muchos, es uno de los más impresionantes del mundo: Abu Simbel. Fue construido por Ramsés II en el año 1284 a. C. para conmemorar la victoria del faraón en la batalla de Kadesh. Está dedicado a los dioses Ra, Ptah y Amon… Y luego hay un templo más pequeño dedicado a la esposa de Ramsés, Nefertari, de la que se dice que fue una gran mujer, responsable del tratado más relevante de la época: el llamado Tratado de Paz Perpetua, firmado entre Egipto y el Imperio hitita… No, si al final las clases de la tía Paula iban a servir para algo. El caso es que yo tenía muchas ganas de visitar el pequeño templo dedicado a Nefertari.

A pesar de no ser ni las ocho de la mañana, el sol ya calentaba bastante, haciendo previsible un día de temperaturas asfixiantes. Y, por lo que había podido ver en internet, dentro de las pirámides era peor. Aun así, me hacía mucha ilusión poder admirarlas de cerca, tocar aquellas piedras milenarias, recorrer los pasadizos escondidos en sus barrigas… Ya habría tiempo por la tarde de darnos un baño en la piscina del hotel.

Me recliné en la silla y miré las aguas del Nilo.

Sí, pensaba disfrutar de aquellas vacaciones.

Debía olvidarme del ladrón y vivir el momento presente, ya que no sabía cuándo podríamos regresar a Egipto, la tierra de mis antepasados.

Me llevé el vaso de zumo a los labios, todavía mirando más allá de la barandilla de la terraza, imaginando cómo sería el viaje hasta el lago Nasser. La de cosas que podríamos ver, los lugares que podríamos pisar… Tal vez alguno de mis antepasados habría estado, a su vez, en alguno de aquellos lugares… ¿Podría sentir yo su paso por allí? ¿Podría notar la presencia de un Black en aquel sitio tras tantos siglos?

Detuve el movimiento del vaso a medio camino, sorprendida por lo que estaba sucediendo en las aguas del río.

Frente a mis ojos, el Nilo se estaba tiñendo de rojo.

5

—¡Mirad! —exclamé señalando el río.

Todos se giraron para ver lo que yo intentaba mostrarles. El punto rojo que había llamado mi atención se extendía a la velocidad de una bicicleta cuesta abajo. Lo que había comenzado siendo una pequeña mancha carmesí, ocupaba ya toda la parte frontal del hotel… Y continuaba ampliándose.

Los turistas en los barcos se asomaban por la barandilla para asistir al espectáculo. Los clientes del hotel también se precipitaron en dirección a la balaustrada para ver qué sucedía. Un murmullo como de piedras derrumbándose se alzó entre los testigos.

Recordé a mi tía enumerando las plagas de Egipto.

Aquélla era la primera.

¡Las aguas se estaban convirtiendo en sangre!

—¿Qué sucede, tía? —pregunté estirando el cuello para ver bien el río—. ¿Es sangre?

—No lo sé, querida. —Lanzó una mirada preocupada a Benson, quien se levantó con discreción de su silla y se alejó, entrando segundos después en la recepción del hotel.

Seguí al mayordomo con la mirada hasta que desapareció de mi vista.

—¿A dónde va? —quise saber.

—A averiguar si eso es sangre.

Un olor metálico llenó el ambiente.

—¡Qué fuerte! No hace falta que Benson nos lo confirme —dijo Eric—. Eso es sangre. ¿Lo oléis? Huele metálico, la sangre tiene ese

olor. Todo el mundo cree que huele así por el hierro, pero en realidad es por…

—¿Estás seguro? —lo interrumpí justo cuando se estaba luciendo. Me sentí un poco mal, pero necesitaba saberlo con seguridad.

—Sí… Estoy seguro —refunfuñó mi amigo.

—Es lo que tú dijiste, tía. Lo de las plagas si no se celebraba el ritual. ¡Tenemos que hacer algo! —exclamé.

—¿Qué plagas? —preguntó lord Thomsing a nadie en particular. Sus ojos continuaban fijos en el cauce del río—. ¿Creéis que esto está relacionado con el ritual de anoche?

—Podría ser —confirmó la tía Paula—. No estamos seguros, necesitamos saber más. Eric, ¿has traído tu dispositivo?

—Sí, está en la habitación —contestó mi amigo.

—¿Podemos acceder al manifiesto con él? —volvió a preguntarle mi tía.

—Sí, claro, Benson y yo hemos estado informatizándolo… Además, también hemos podido informatizar gran parte de la biblioteca que hay en el taller de la Mansión Black… Creo que encontraremos todo lo que necesitamos… Pero anoche ya miré si la estatua estaba en el manifiesto y no está.

—Aun así, necesitaremos tu dispositivo. Debemos averiguar todo lo que podamos sobre esa estatua.

Eric y yo fuimos a la habitación que compartíamos para recoger su dispositivo. A continuación, nos dirigimos a la *suite* de mi tía. Una vez allí, nos acomodamos en la terraza, desde donde todavía podíamos ver el río.

—Vamos a ver… Voy a comprobar de nuevo el manifiesto… Estatua de Hapi —dijo Eric a la vez que tecleaba en la pequeña pantalla. Guardó silencio unos instantes mientras aparecían los resultados—. No, no hay nada sobre ella —dijo por fin.

—¿Nada? —se extrañó mi tía—. Busca «reliquias egipcias», por favor.

Eric volvió a teclear.

—Tampoco.

—No puede ser… —murmuró mi tía.

—Y si lo buscas como… No sé, ¿dios egipcio? —comentó lord Thomsing.

Eric lo volvió a intentar, si bien el escepticismo ya se había adueñado de su gesto.

—Nada. No hay nada en el manifiesto sobre esta estatua… Lo he buscado como figura, estatua, estatuilla… De todas formas, sólo con escribir «Egipto» me tendría que haber salido en los resultados… Y lo he hecho también —aclaró antes de que le pidiésemos escribir la palabra—. Dejadme que busque una cosa.

Eric comenzó a teclear de nuevo en su dispositivo con ojos afilados. Sus dedos comenzaron a recorrer la pantalla a toda velocidad, ante su mirada iban apareciendo archivos que descartaba con un gesto del índice. Estuvo así unos minutos mientras lord Thomsing, mi tía y yo lo mirábamos curiosos e intrigados. Y en silencio, eso también, no queríamos desconcentrarlo.

—Ah, aquí está —dijo mi amigo por fin—. Vale, en teoría tenemos más o menos tres días para realizar el ritual, o eso creo. Aquí dice que, antes de que finalice el tercer paseo de Ra por el cielo, hay que celebrar la ceremonia. De lo contrario, las plagas se extenderán sobre la Tierra. —Sus ojos se iluminaron—. ¡Qué fuerte! ¡Esperad! Tal vez no esté todo perdido… Al parecer, existe una segunda estatuilla de Hapi… A ver… —La desilusión apagó la luz que se había encendido en sus ojos hacía tan sólo un momento—. Vale, nada, desapareció hace siglos y no hay ninguna pista sobre ella. —Por fin nos miró—. Pues nada, que tenemos unos tres días para dar con ella o…

Dejó la frase en el aire.

—Pero ¡no sabemos por dónde empezar! —exclamó mi tía poniéndose en pie—. Y si no la encontramos, vosotros… vosotros… —Un sollozo trepó por su garganta. Lord Thomsing se levantó y la abrazó.

—Vamos a encontrar esa estatua, Paula, querida. No te

preocupes —intentó consolarla.

—Todos creíamos que era un mito… Si no damos con ella…, ellos dos… No, no… Amanda, Eric… Y tantos otros… —continuó lamentándose mi tía.

—¿Qué sucede con nosotros? —me preguntó Eric al oído.

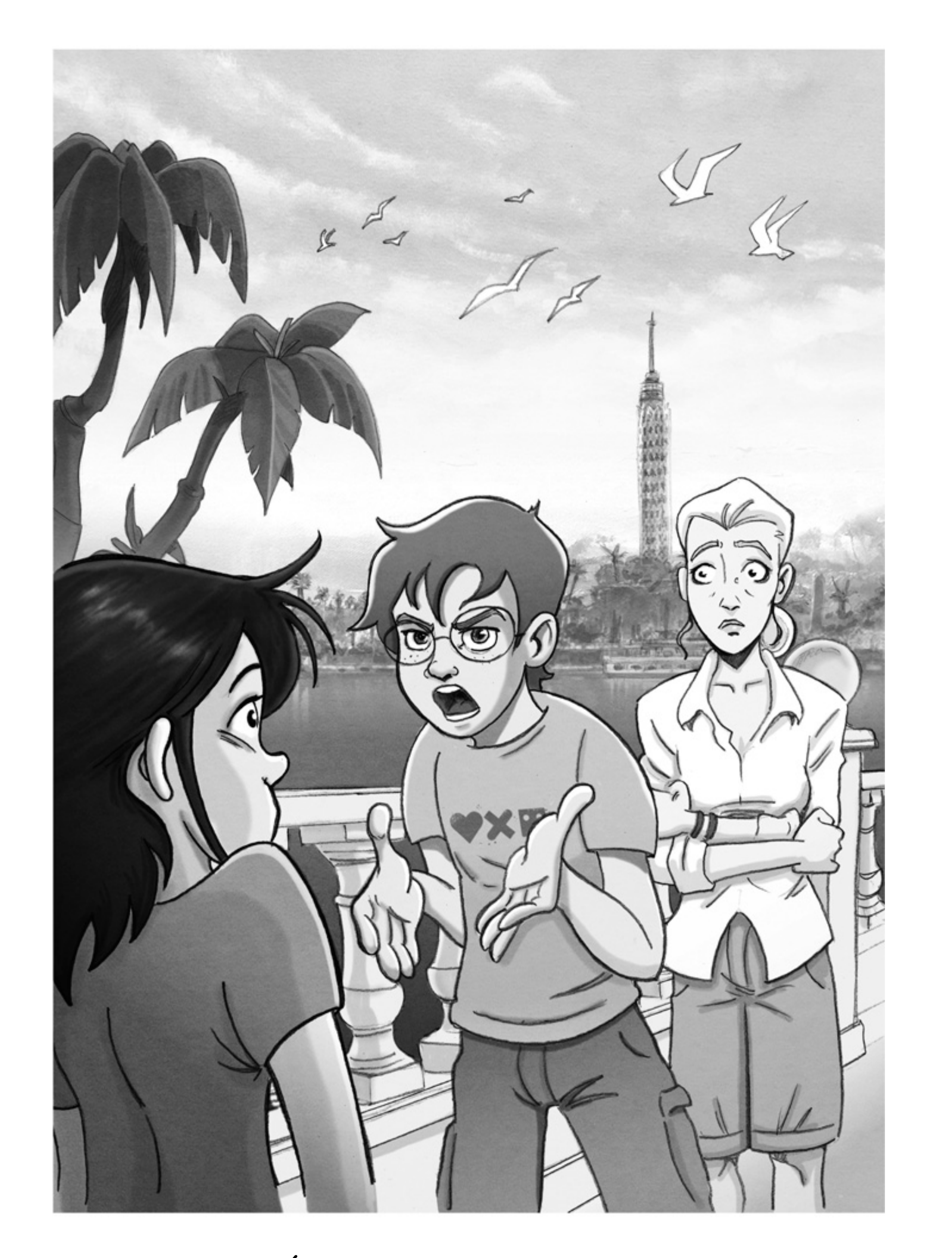
—Moriremos —le susurré.

—¡¿QUÉ?! —Mi amigo se levantó de un salto—. ¿CÓMO QUE MORIREMOS? ¿PERO QUÉ LE HEMOS HECHO NOSOTROS A ESE HAPI? ¿DÓNDE DICE ESO?

—Tranquilo, Eric, vamos a dar con la estatua y vamos a celebrar el ritual a tiempo…

—PERO ¡¿QUÉ ES ESO DE QUE VAMOS A MORIR?! —Eric agitaba los brazos en el aire, su cara se había puesto tan roja que casi no se distinguían las pecas que la poblaban.

—A ver, una de las plagas, la última, de hecho, es la muerte de los primogénitos —expliqué con calma, intentando que mi tono lograse tranquilizarle—. Que yo sepa, ni tú ni yo tenemos hermanos, ni mayores ni pequeños, así que somos primogénitos…



—PERO ¿DE QUÉ VA EL HAPI ESE? —Por su tono de voz, pude deducir que no había conseguido tranquilizarlo—. ES QUE NO ME LO PUEDO CREER…

El estado de ánimo de Eric consiguió traer a mi tía de vuelta de su viaje a la desesperación. Se acercó a mi amigo y lo abrazó.

—No te preocupes, hijo, no vamos a permitir que eso suceda —dijo acariciándole el pelo—. Vais a estar bien. Vamos a encontrar esa maldita estatua.

—Eso, y se va a dar su paseíto triunfante por el río —añadió lord Thomsing acercándose a ambos.

Poco a poco, Eric fue calmándose y recuperando su aplomo. Nunca lo había visto tan enfadado. Imagino que no le hacía mucha gracia morir porque un dios egipcio tuviera un mal café. A mí tampoco, claro, pero no podíamos perder los nervios los dos a la vez… Y, por otra parte, yo ya tenía la mente puesta en la misión que teníamos por delante. No podíamos perder ni un minuto o moriríamos.

Daba igual que estuviese o no en el manifiesto. Había que encontrar la estatuilla del dios del Nilo y sólo teníamos tres días para ello.

Mi tía había dicho que no sabíamos por dónde empezar a buscarla y eso… Bien, eso no era del todo cierto.

Yo tenía clarísimo por dónde empezar a buscar la estatua de Hapi, el dios de «hasta que no me tomo mi primer café, no soy persona».

Otra cosa es que diésemos con ella a tiempo.

6

Les conté al resto lo que se me había ocurrido y trazamos un plan.

Sólo contábamos, según la información que Eric había encontrado, con 72 horas, sin ser ése un cálculo en absoluto exacto. Todos teníamos un papel y nadie podía salirse del guion o fracasaríamos.

Ahora teníamos que poner en marcha el plan cuanto antes.

La tía Paula y lord Thomsing corrieron a informar al doctor Hewiss, conservador del Museo de El Cairo, de lo que estaba ocurriendo y por qué nosotros creíamos tener una pista que podría llevarnos hasta el ladrón. Mi tía, antes de marcharse, quiso hablar conmigo a solas.

—Cariño, siento no haberte hecho caso —dijo con lágrimas queriendo escapar de sus ojos—. No volverá a pasar. Pensé que no era importante, sólo un motivo para organizar una fiesta… Y ahora puedo perderte…

—No pasa nada —la interrumpí. No quería pensar mucho en lo de la muerte de los primogénitos—. Esa estatua no estaba en el manifiesto, pero vamos a dar con ella y a realizar el ritual.

El amigo de mi tía, el doctor Hewiss, agradeció que los Black nos encargásemos de recuperar la reliquia. Tras ponerle mi tía al corriente de la realidad de las plagas, dijo que no confiaba en que la policía local pudiese devolverla a tiempo. Por lo visto, las autoridades del país funcionaban a su ritmo. Y era un ritmo muy lento.

Por supuesto, quedaba descartado organizar una nueva fiesta del despertar del Nilo como la de la noche anterior. No obstante, si la

estatua no bajaba en procesión por el Nilo en los siguientes tres días, las cosas se iban a poner muy feas… Sobre todo para Eric y para mí… Sin contar con la lluvia de fuego y granizo, las tinieblas y los bichos… A mí los bichos no me parecían tan mal. Siempre y cuando no fuesen arañas, claro.

Yo odio las arañas.

La única solución que habíamos encontrado para el «pequeño problema» de la fiesta del despertar había sido que mi tía, lord Thomsing y el doctor Hewiss viajaran por el Nilo avisando en las diferentes escalas de la procesión del retraso de la misma y que organizaran las cosas para cuando fuese posible realizarla. Después, una vez Eric y yo trajésemos la estatua de vuelta, partiríamos desde El Cairo y viajaríamos en la barcaza con ella a lo largo de todo el recorrido.

De nada servía recuperar la figura del dios Hapi si después no había nadie para alabarla, hacer ofrendas y cantar a su paso.

Eric y yo seríamos los responsables de encontrar la maldita figurita del dios de la mala leche y Benson se quedaría en el hotel, que sería nuestra base de operaciones, coordinando cualquier cosa que necesitáramos cualquiera de los dos grupos. También había sido el encargado de crear una caja fuerte infranqueable que donaríamos al Museo de El Cairo para que el dios Hapi no pudiese ser robado nunca más.

¿De dónde iba a sacar Benson los materiales para hacerla?

Ni idea, pero al mayordomo no parecía haberle preocupado lo más mínimo ese «pequeño» detalle.

En realidad, la parte de los adultos era bastante sencilla, si quitábamos lo de la caja fuerte, claro. Todo el mundo había esperado doscientos años para celebrar la fiesta del despertar, ningún egipcio diría nada por tener que esperar unos días más.

—De acuerdo, es nuestro turno —dijo Eric cuando estuvimos solos en la habitación—. Voy a entrar en las listas de invitados a la fiesta. Te iré diciendo nombres y tú buscas al tipo.

Ésa era mi pista: había visto la cara del ladrón… Y, si estaba allí,

tenía que tener su propia invitación. Nosotros habíamos tenido que identificarnos en diferentes ocasiones antes de poder acceder a nuestra barcaza… Imaginaba que el sospechoso también.

El doctor Hewiss le había proporcionado a Eric las listas de invitados y juntos las repasaríamos hasta dar con él. Podía llevarnos bastante tiempo, pero no teníamos otra opción.

—Creo que podemos tachar directamente los nombres de los famosos que nos suenen —comenté—. No ha sido ninguno de ellos.

Eric repasó las listas y fue borrando los nombres de cantantes y actores que conocíamos. Aun con ese truco, la lista continuaba siendo enorme.

—También podemos eliminar a las mujeres —dijo mi amigo.

La lista de nombres se redujo un poco más.

—Quita a los egipcios —pedí—. Aquel tipo no tenía rasgos egipcios, era bastante europeo…

—Ya, ¿te acuerdas de
Lao-Che?
—Eric me miraba con una ceja alzada. Claro que recordaba a
Lao-Che,
el piloto que en Nepal nos había llevado hasta el monasterio de Kipan. Aquel hombre de nombre oriental tenía el aspecto de un turista norteamericano.

—Sí, claro que lo recuerdo —repliqué—. Si no encontramos nada, volveremos a incluir a los egipcios. Pero creo que para empezar tenemos que reducir el máximo número de personas posible.

—No te falta razón —admitió Eric pulsando algo en su pantalla —. Vale, éstos son los resultados.

Dio la vuelta al dispositivo para que pudiese verlo. La lista se había reducido bastante, en ella había unos cien nombres.

Ahora teníamos que dar con el del ladrón.

Eric comenzó a leerlos de uno en uno mientras yo tecleaba en un portátil y buscaba el rostro. Avanzábamos bastante rápido. Todos eran importantes en sus profesiones: políticos, empresarios,

historiadores… De todos ellos era fácil seguir el rastro en internet.

—René-François Belloq —dijo Eric sin separar la vista de su dispositivo. Habíamos pasado ya el ecuador de la lista y empezábamos a desesperarnos.

Introduje el nombre en el buscador.

Unos ojos azules, casi transparentes, me miraron desde la pantalla del ordenador.

¡Ahí estaba!

¡Ése era nuestro hombre!

—¡Lo tengo! —Recorrí de nuevo el nombre con la mirada para, a continuación, centrarme otra vez en el rostro. Aquellos ojos azules, fríos, cortantes, eran inconfundibles—. Es él.

—¡Qué fuerte! —dijo Eric por encima de mi hombro. Se había acercado a mí sin que yo me diese ni cuenta—. Ahí dice que es arqueólogo a sueldo del Gobierno… Espera…

Mi amigo regresó a su asiento y tecleó algo en su dispositivo.

—Aquí está, mira… Está trabajando en una excavación no lejos de la ciudad.

Ya sabíamos cuál sería nuestra siguiente parada, pero antes, había algo que tanto Eric como yo necesitábamos hacer.

Mi amigo marcó el teléfono de Esme en su móvil y se llenó los pulmones de aire preparándose para la conversación. Queríamos contarle lo que sucedía, darle tiempo a despedirse de los suyos y, claro está, despedirnos de ella por si las cosas no iban bien.

Al tercer timbrazo, Esme contestó llenando la habitación en la que nos encontrábamos con su voz alegre.

—¡Hola! —dijo Esme—. Iba a llamaros yo esta tarde, ¿está ahí Amanda?

—Hola, Esme —saludé contestando su pregunta—. ¿Cómo estás? ¿Todo bien?

—Sí, sí, pero contadme vosotros. ¿Qué, cómo es? ¿Es tan bonito como me lo imagino?

Miré a Eric, quien todavía no había sido capaz de abrir la boca. Sus ojos, muy abiertos, me indicaron que no podía hablar.

—Es así de bonito y un poquito más —repliqué no muy convencida—. Mira, Esme, hay algo que tenemos que decirte…

—¿Pasa algo? ¿Estáis bien? —Aunque intentaba continuar sonando alegre, había un velo de preocupación en sus preguntas.

—Sí… Es sólo que… —A ver cómo le explicaba a Esme que, en unos tres días escasos, si Eric y yo no cumplíamos nuestra misión, íbamos a estar todos muertos… No hay forma suave de decir algo así—. Es sólo que… Bueno…

—No, no es nada —tomó la palabra Eric—. Es sólo que te echamos de menos y nos encantaría que estuvieses aquí.

—¡Y a mí me encantaría estar allí! —protestó ella riéndose—. No sabéis la envidia que me dais, ¡siempre he querido ir a Egipto!

—Tenemos que marcharnos ya —continuó Eric—. Vamos a ver las pirámides…

—Os echo mucho de menos, volved pronto.

—Nosotros te echamos más de menos a ti —repliqué.

—Eso no es posible —contraatacó ella—. Yo echo de menos a dos personas, vosotros sólo a una cada uno, así que, en teoría, yo os echo de menos el doble que vosotros a mí.

—¡Qué morro tienes! —reímos Eric y yo.

—No os entretengo más —dijo ella cuando se calmaron las risas —. Cuando volváis, tenéis que contármelo todo, ¿vale?

—Por supuesto, cuenta con ello. Cuídate mucho, hasta pronto. —Mi amigo terminó la llamada.

—No le has dicho nada —comenté cabizbaja.

—¿Para qué? Si encontramos la estatua a tiempo todo estará bien… —explicó mi amigo—. Y si no lo conseguimos, no quiero que viva estos días sabiendo lo que le va a suceder… Ella también es primogénita.

—Lo sé. —Medité durante unos instantes antes de hablar de nuevo—. Creo que has hecho lo que había que hacer —concluí, por fin, posando mi mano sobre su hombro.

Cuando alzó la mirada, tenía los ojos brillantes y enrojecidos por las lágrimas que no quería dejar escapar.

7

Antes de ir a la excavación, Eric intentó hacerse con más información sobre el arqueólogo. Por lo que había podido encontrar, aquel hombre no tenía una reputación muy limpia: se decía que había saqueado tumbas, robado reliquias que después había vendido al mejor postor… Incluso se comentaba que había tenido que sobornar a parte de las autoridades egipcias, funcionarios corruptos, para poder trabajar en el país.

Una joya, vamos.

Pero todo eran rumores, nunca se había podido probar nada contra él…

Cuando salíamos de nuestra habitación, nos cruzamos con Benson.

—Ah, a vosotros dos os estaba yo buscando —dijo el mayordomo—. Por favor, acompañadme a mi habitación.

—Pero… —intenté protestar.

—Será sólo un segundo. Creo que vais a necesitar algunas cosas.

Eric me dio un codazo y asintió en silencio.

Lo seguimos por los pasillos del hotel hasta su dormitorio, que resultó ser una *suite* parecida a la de mi tía. Cuando entramos, abrió el armario y sacó algunas prendas de él.

—Muy bien, ahora cambiaos de ropa. No podéis ir a salvar a la humanidad vestidos de turistas.

Miré lo que llevábamos puesto: bermudas, camiseta, gorra y zapatillas.

—¡Qué fuerte! —rio Eric—. Estás en todo, Benson.

—Vale, tienes razón —rezongué—. ¿Cómo sabías que íbamos a necesitar nuestro equipo? —Benson no contestó, pero una leve sonrisa asomó a sus labios—. No piensas contestar, ¿no? —comenté cogiendo mi mono y mis botas y dirigiéndome al baño para cambiarme.

El mayordomo nos había preparado a ambos unos monos termorregulables, frescos durante el día y cálidos por la noche. También había traído botas de *trekking* aptas para terrenos desérticos y había preparado dos mochilas ligeras con algo de comida, agua, dinero y herramientas que podríamos necesitar.

—Recordad, señorita Amanda, Eric, si necesitáis algo, sólo tenéis que pedirlo —dijo cuando nos hubimos cambiado y nos disponíamos a abandonar la habitación.

—Que no me llames señorita —contesté riendo y abalanzándome sobre él para darle un abrazo que lo pilló por sorpresa—. Muchas gracias, Benson, no sé qué haríamos sin ti… Pero no creas que me he olvidado, ya me contarás cómo supiste que íbamos a necesitar todo esto.

—Es mi trabajo, soy el guardián de los Black —replicó con gesto serio, pero en sus ojos bailaba una mirada divertida—. Tengo que protegerlas a usted y a la señora Paula. ¿Qué tipo de guardián saldría de casa sin prepararse? Venga, apresuraos, no tenemos mucho tiempo.

Abandonamos la habitación algo más animados. Ahora, por lo menos, teníamos el equipo necesario para enfrentarnos a lo que nos estuviera esperando.

Cogimos un taxi en la puerta del hotel y le pedimos que nos llevase a la excavación en la que trabajaba Belloq. Si no encontrábamos al arqueólogo allí, esperábamos dar con alguna pista que nos guiase hasta su paradero.

Apenas hablamos durante el viaje. Mirábamos con interés las bulliciosas calles de la ciudad, sus gentes ocupadas en tareas cotidianas, ignorantes de lo que se les venía encima. Los edificios bañados por el sol, el mismo sol que bañaba nuestra ciudad, pero

que aquí se veía mucho más brillante, dotando a El Cairo de una luz anaranjada y deslumbrante que era muy distinta a la de nuestro hogar. Poco a poco, los edificios antiguos, los museos y los hoteles fueron dando paso a edificaciones modernas de ladrillo y cemento, todas a medio terminar. Al comentarlo, el taxista nos explicó que lo hacían así para que los hijos pudiesen construir su vivienda en el piso superior. Aquella parte de la ciudad era menos encantadora, pero también muy interesante. Era El Cairo real, el que no estaba empañado por el turismo y todo lo que éste conllevaba.

Minutos después, el ladrillo fue dando paso al desierto. Habíamos dejado la ciudad y todo su ajetreo a nuestra espalda.

Cuando estuvimos cerca de nuestro destino, pedimos al taxista que parase. Pagamos el viaje y esperamos a que se alejase de regreso a la ciudad.

Una vez hubimos perdido de vista el automóvil, nos enfrentamos a la carretera. El desierto, a ambos lados de la vía, había devorado gran parte del asfalto. Sólo dos líneas grises nos indicaban por dónde pasaban los coches y camiones que iban y venían de la excavación. Comenzamos a caminar a buen paso siguiendo aquellas guías, procurando que nadie nos viese llegar al emplazamiento arqueológico. Nuestra intención era escurrirnos en la tienda de Belloq y, una vez dentro, buscar información sobre el objeto robado. Algo que nos indicase qué había hecho con él. Algo que nos llevase hasta él y nos ayudase a recuperarlo para poder realizar el ritual a tiempo.

Nos agazapamos tras una duna de arena fina y amarilla y miramos hacia las tiendas intentando localizar la del arqueólogo.

No tardamos mucho en identificarla.

A los pocos minutos de apostarnos en aquella colina arenosa, unos coches negros llegaron al lugar. De cada uno de ellos se bajaron cuatro hombres vestidos de negro, pese al calor, con gafas de sol a juego con sus trajes. Miraron a su alrededor y comenzaron a caminar. Se detuvieron a hablar con uno de los trabajadores, que señaló con el dedo índice una tienda situada algunos metros más

allá. Para entonces, ya se había formado un grupo que miraba a los recién llegados con gestos de temor cincelados en sus rostros. Todos habían dejado de trabajar y seguían con atención los movimientos de los hombres vestidos de negro. Desaparecieron en el interior de la tienda para reaparecer poco después charlando amigablemente con Belloq, quien dirigió unas palabras a los trabajadores que no entendimos. A continuación, se dirigieron hacia los automóviles, se subieron a ellos y desaparecieron en las estelas de polvo que habían dejado los neumáticos.

Toda la escena duró apenas un par de minutos.

Nadie hizo nada.

Nadie le preguntó nada al arqueólogo.

Los trabajadores parecieron confusos, algunos soltaron las herramientas que llevaban en las manos y caminaron hacia sus coches y camionetas aparcadas más allá de las tiendas; otros continuaron con lo que habían estado haciendo, como si nada hubiese sucedido; y hubo quienes continuaron mirando con fijeza el punto por el que habían desaparecido los coches sin saber qué hacer a continuación.

Nosotros no nos encontrábamos en el último grupo. Aquél era nuestro momento: sabíamos qué tienda era la que nos interesaba y, además, podríamos buscar en ella sin temor a ser sorprendidos.

En ese momento, el cielo, en el que brillaba un sol redondo y perfecto, se oscureció.

Eric y yo miramos arriba tan sólo para ver una cortina de nubes grises, casi negras, que se extendía hasta donde alcanzaba la vista.

Sonó un trueno y comenzó a llover.

—¿Qué es eso? —preguntó Eric señalando hacia delante, a un par de metros del lugar en el que nos ocultábamos.

—Eso… Eso es una rana… —balbuceé cuando pude reconocer lo que señalaba mi amigo.

—¿De dónde ha salido?

Otra rana pequeña, de un color verdoso, cayó junto a la primera.

—Creo que están lloviendo ranas —susurré aterrorizada.

Había comenzado la segunda de las plagas.

8

Cuando nos recuperamos de la sorpresa inicial y hube puesto a Eric al corriente de todas las plagas que podíamos esperar, mi amigo hizo un rápido análisis de la situación. La primera plaga, que convirtió las aguas en sangre, había comenzado a eso de las ocho de la mañana; ahora eran las tres y algo de la tarde, así que podíamos esperar la siguiente en algo más de siete horas. En la madrugada del tercer día tendría lugar la muerte de los primogénitos, y Eric y yo tendríamos problemas… Si podemos considerar morir un problema, claro.

No había tiempo que perder.

La lluvia de ranas había tenido una ventaja inesperada: el campamento había quedado vacío. Los trabajadores que no se habían marchado tras la partida de Belloq, lo habían hecho, aterrorizados, al caer los animales verdosos del cielo.

Salimos de nuestra posición tras la duna al desaparecer la última camioneta entre las olas de arenas y bajamos hasta la tienda del arqueólogo con cuidado de no pisar los pequeños batracios.

Yo agradecí en silencio que ninguna de las plagas conllevase arañas. Odio las arañas. Me producen pánico sus patas peludas y articuladas, sus cuerpos redondos y sus numerosos ojos. Sólo pensar en ellas me producía escalofríos y sudores… No quería ni imaginar qué haría en caso de que lloviesen arañas. Lo más probable es que patalease en el suelo hasta que me comiesen viva y, así, acabase mi sufrimiento.

Un estremecimiento me recorrió la columna vertebral.

El único ser vivo que quedaba en aquel lugar era un perro negro de orejas puntiagudas, delgaducho y tirando a feo, que comenzó a seguirnos en cuanto nos vio.

Se acercó a nosotros meneando la cola.

—Eh, chico, ¿qué haces aquí tú solo? —dijo Eric poniéndose de rodillas para acariciarlo—. ¿Se han olvidado de ti?

El animal le dio un lametón en la cara y Eric le rascó detrás de las orejas.

—Tiene collar —comenté acercándome a ellos—. Lo mismo el dueño se ha asustado y ha salido corriendo sin él… A ver… Vale, vale. —En cuanto me vio cerca, el perro comenzó a dar vueltas a mi alrededor, saltando y moviendo la cola—. Deja que mire tu collar.

Por fin se tranquilizó lo bastante para que pudiese buscar una chapa en el collar.

—¿Algo? —preguntó Eric.

—No, aquí no hay nada, pero este collar es bueno.

Se trataba de un collar dorado grabado con el jeroglífico de un perro tumbado.

—Se da un aire a Anubis, el dios guardián de las tumbas —comentó Eric todavía rascándolo y acariciándolo—. Podemos llamarle Nubi.

—¿Podemos? ¿Estás proponiendo que nos lo llevemos? —Sabía que lo estaba haciendo, pero necesitaba que me lo confirmase. Estábamos en medio de una situación a vida o muerte, pero mi mejor amigo todavía tenía tiempo para preocuparse por un perro abandonado.

—Por supuesto. No pienso dejarlo aquí solo y asustado. Ya encontraremos a su dueño, pero, de momento, se viene con nosotros.



Resoplé, pero no discutí su decisión. Eric tenía razón, aquel animal iba a pasarlo muy mal si cada siete horas una plaga caía sobre la Tierra. Nosotros podríamos tranquilizarlo y mantenerlo a salvo.

Además, ¿qué clase de ser humano abandona a un animal?

Desde luego, nosotros no.

—Vaaale —rezongué—, pongámonos en marcha, el tiempo corre en nuestra contra.

—Vamos, Nubi, síguenos —dijo Eric con voz juguetona caminando hacia la tienda de Belloq.

Entramos y comenzamos a rebuscar entre los enseres del arqueólogo. Abrimos todos los cuadernos, las cajas, los cajones de la mesa… Todo.

Lo pusimos todo patas arriba, era como si un ciclón hubiese pasado por el interior de aquella tienda.

No encontramos nada, ninguna pista de la estatua.

Nos dirigimos a la salida cabizbajos y desanimados. No teníamos por dónde seguir tirando del hilo. Necesitábamos encontrar a Belloq.

En ese momento, Nubi comenzó a ladrar junto al escritorio del arqueólogo.

—Vamos, Nubi, ¿qué te pasa? —preguntó Eric desandando lo andado para acercarse al perro, que continuaba ladrando, muy nervioso.

—O yo soy muy tonta o en esa mesa hay algo que no hemos visto —comenté mirando al escritorio con los ojos entrecerrados.

Me acerqué y comencé a pasar los dedos por debajo de la mesa. Me llevó un rato encontrar algo, pero en la parte de atrás, escondido tras una de las patas, había un resorte.

Lo pulsé.

Una trampilla se abrió en la parte inferior del tablero descubriendo un compartimento secreto. Repté bajo la mesa, metí la mano en el hueco con cuidado, imaginando arañas listas para morderme y escalar por mi brazo, pero lo único que mis dedos palparon fue algo rectangular, no muy grande. Lo saqué de su escondite.

Un cuaderno.

Las tapas eran de cuero marrón, gastado por el uso. Un pequeño cordón negro lo mantenía cerrado.

Quité el cordón y comencé a leer el contenido.

9

—Esto es el diario de Belloq —confirmé tras haber leído unas cuantas páginas—. Y no me extraña que quisiera mantenerlo en secreto… —Continué leyendo.

—¿Qué dice? —preguntó Eric.

—Espera, deja que acabe.

Me llevó un poco más terminar de leer el diario. Salté las páginas que consideré poco relevantes, ya tendríamos tiempo más adelante de revisarlas. Ahora no teníamos ni un solo minuto que perder, así que había elegido las partes más interesantes y había ignorado el resto.

—Vale, ya me hago una idea de lo que ha sucedido… El arqueólogo sólo trabaja en Egipto porque tiene sobornados a unos cuantos funcionarios, entre ellos un par de ministros… —comencé a explicar—. Estos funcionarios quieren dar un golpe de estado y por eso han robado la estatuilla. Creen que, si ponen en ridículo al actual Gobierno, lo debilitarán y pondrán al pueblo en su contra, lo que les facilitaría bastante llegar al poder. Éste ha sido el primero de varios golpes… También creen que es el más efectivo por la cantidad de personalidades que asistieron a la fiesta… Ah, y tenías razón, existe otra estatua de Hapi igual a la primera. Se perdió hace mucho, pero Belloq cree tener una pista sobre su paradero.

—Pero ¿por qué alguien llevaría un diario con todo esto? Es prácticamente una confesión.

Antes de contestar, saqué mi móvil e hice una fotografía a una de las páginas. Si no encontrábamos a Belloq, íbamos a necesitar lo

que había en aquella simple hoja de papel.

—Parece que este diario es, digamos, una especie de seguro de vida… —expliqué—. En él hay información que, en caso de que le sucediese algo, conduciría a pruebas que conseguirían meter en la cárcel a aquellos que le han contratado… No parece confiar mucho en sus empleadores, pero claro, antes habría que encontrar el diario, y a nosotros nos ha costado bastante… De no ser por Nubi…

Dejé la frase en el aire para que mi amigo la completase.

—Pero hay algo que no logro entender… —dijo Eric mientras yo guardaba el móvil en la mochila—. ¿Cómo van a conseguir ser populares entre los egipcios si con el robo consiguen que mueran todos los primogénitos del mundo? No me cuadra.

—Fácil, no creen en la leyenda de la estatua de Hapi —dijo a nuestra espalda una voz profunda, seca y rasposa, como papel de lija sobre un pedazo de seda.

Los dos miramos alrededor buscando la procedencia de aquella voz.

—Perdón, hace siglos, literalmente, que no hablo con nadie —volvió a decir la voz.

Eric y yo nos levantamos del suelo, donde nos habíamos quedado sentados tras encontrar el diario, y comenzamos a buscar a nuestro alrededor. La voz sonaba cercana, pero no había nadie más en aquella tienda con nosotros.

—Aquí, chicos, aquí —llamó la voz—. ¿Por qué no me veis si estoy delante de vuestras narices?

Por fin me fijé en el perro. Estaba sentado sobre sus patas traseras, con el cuerpo muy recto y las orejas alzadas y puntiagudas, como antenas. Nos miraba con gesto serio.

—¿Tú hablas? —pregunté casi sin voz.

Eric, que estaba de espaldas a mí, al escucharme se volvió a toda velocidad chocando con mi espalda y haciéndonos caer a ambos. Terminamos los dos con la tripa sobre el suelo de arena.

Nubi se levantó y se acercó.

—Sí, claro, hablo, pero ya os digo que hacía siglos que no lo

hacía, de ahí la ronquera.

Nos pusimos en pie sacudiéndonos el polvo de la ropa sin separar la mirada del animal, que había vuelto a sentarse frente a nosotros.

—¿Piensas hacernos daño? —quiso saber Eric.

—¿Por qué iba a hacerlo? Os necesito —replicó Nubi con tono divertido.

—Pero ¿quién eres tú? ¿Por qué hablas? Los perros no hablan —me rebelé.

—Eric no iba desencaminado cuando me puso nombre… Soy Anubis… Ya sabéis, el dios… Cabeza de chacal, cuerpo de hombre y esas cosas.

—¡Qué fuerte! ¡Lo sabía! ¡Eres clavado! —exclamó Eric acercándose a acariciarlo y parando el movimiento antes de que su mano llegase a tocarlo—. ¿Puedo?

Eric había aceptado con bastante más naturalidad que yo que aquel chucho hablase.

—Claro que sí, me encanta que me rasquen detrás de las orejas… —dijo el perro moviendo la cola—. Llevo demasiado tiempo viviendo como un perro callejero, nadie me rasca nunca por miedo a las pulgas y garrapatas.

—¿Anubis? ¿El dios del Antiguo Egipto? —Intenté centrar de nuevo a mis acompañantes que ahora jugueteaban en el suelo.

—Sí —confirmó él riendo panza arriba mientras Eric le rascaba la barriga—. El mismo. Quedamos muchos todavía en estas tierras, la mayoría, como yo, en forma animal; otros, como Hapi, habitan en estatuas o templos… El problema de Hapi es que como sólo se despierta cada doscientos años, no está muy puesto en cómo han evolucionado las cosas en los últimos milenios. Cree que sigue siendo importante y nunca hemos tenido la oportunidad de decirle que hemos sido olvidados y que debería dejar ya el jueguecito de las plagas para recibir regalos.

—Pues éste es un momento ideal para decírselo —dijo Eric dejando de jugar con Anubis.

—Eso intento, mis compañeros me han nombrado responsable… Soy quien debe hablar con él, pero para ello antes tenemos que encontrarlo. —Cuando acabó de hablar, Anubis levantó una pata y golpeó con suavidad a Eric en el brazo para que continuase rascándole.

—¿Y qué pintamos nosotros en todo esto? ¿Por qué has decidido hablar con nosotros si llevas siglos sin hablar con nadie? —pregunté.

—Eres una Black, ¿no? Maat me dijo que te buscase, que tú podrías ayudarnos.

—¿Maat también se ha quedado? ¿Qué animal es? —preguntó Eric.

—No es ningún animal, tomó la forma de una vieja buhonera a la que nadie mira dos veces… Todos hemos elegido formas que pasen desapercibidas.

Guardé silencio.

Yo me había encontrado con Maat y no la había reconocido. Me sentí avergonzada de mí misma.

—Sé que la viste —dijo Anubis parando el juego y acercándose a mí—. Me lo dijo. No tienes que avergonzarte, a mí también me costó reconocerla cuando me sugirió que os siguiese y os pidiese ayuda. —Posó su delgada cabeza en mis rodillas y me lamió las manos. A continuación, alzó la mirada hasta que sus ojos conectaron con los míos—. ¿Nos ayudaréis?

—Sí, claro —suspiré—. Claro que os ayudaremos, nos va la vida en ello y esto es literal. De verdad que nos va la vida, ambos somos primogénitos. Pero tenemos que decidir si seguimos la pista de Belloq hasta la segunda estatua, que, por cierto, él cree que está en un templo, en un oasis, o bien intentamos recuperar la primera. Tal y como yo lo veo, éstas son nuestras opciones: una estatua perdida o una estatua robada.

—No está perdida… No del todo —dijo Anubis—. Está escondida… O lo estaba. Hasta ahora no la hemos necesitado, pensábamos hablar con Hapi cuando despertase, pero al ser

robado…

—Entonces debemos pensar bien cuál de las dos buscamos —dije.

—Vosotros dos, daos la vuelta despacio, no intentéis nada raro —interrumpió desde la entrada una voz suave y aflautada. Nos volvimos. Uno de los hombres que se habían ido con Belloq había regresado y nos apuntaba con un arma desde el cuadrado de luz que formaba el acceso a la tienda de campaña. Su tamaño, descomunal, y las cicatrices que surcaban su rostro no se correspondían con su voz frágil y dulce—. Dadme el diario.

Eric me miró antes de obedecer. Yo asentí en silencio.

—Eric, no hables —susurré de forma que el hombre no nos oyese.

Comencé a acercarme a él con ambas manos levantadas, en una de ellas llevaba el diario.

Se lo tendí al visitante de mala gana.

—Bien hecho, niña. Ahora seguidme —ordenó el tipo saliendo de la tienda de campaña—. Vamos, no tengo todo el día.

Nos llevó a punta de pistola hasta uno de los lugares de la excavación. Una fila de lámparas, ahora apagadas, rodeaban un agujero en el suelo. Un pozo. Diferentes herramientas y aperos yacían alrededor de aquella oquedad. Fijada a la boca del pozo había una estructura de la que colgaba una especie de arnés.

—Vamos, póntelo, chaval.

—Hazlo, Eric —pedí sin quitarle la vista de encima al hombre.

Mi amigo obedeció y el tipo me ordenó que lo bajase.

Yo también obedecí.

Vale, su plan era dejarnos en aquel pozo, pero, por lo menos, no nos había empujado hasta el fondo. La caída podría habernos dejado malheridos.

Cuando me tocó el turno, miré a mi alrededor.

No había ni rastro de Anubis por ningún sitio. El maldito perro había huido dejándonos a nuestra suerte.



Me puse el arnés con un resoplido y permití que aquel tipo me bajase hasta el fondo de aquel agujero que olía a polvo, a humedad y a viejo. Una vez abajo, no me sería difícil escalar y tirarle el arnés a Eric para que subiese.

Nada más poner los pies en el suelo, el sistema de sujeción del

arnés cayó a mi espalda.

—Ni se os ocurra seguirme o sacaré a mi amiga a pasear —ordenó el hombre desde arriba haciendo un suave movimiento con el arma, por si no nos había quedado claro quién era su «amiga»—. Llevamos mucho tiempo preparando esto para que ahora un par de críos nos destripen el plan.

La poca luz que se colaba por la entrada del pozo se apagó cuando el tipo taponó el acceso con una roca.

Nos quedamos a oscuras.

Adiós a mi idea de escalar y tirarle el arnés a Eric.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Eric cuando estuvo seguro de que el tipo ya no estaba allí. Habíamos escuchado un motor alejándose, sonaba a mucha distancia, como si el matón hubiese dejado el automóvil antes de llegar a la excavación. Eso respondía a la duda que yo tenía: ¿cómo había conseguido acercarse sin que nos diésemos cuenta?

—Ése es uno de los matones a sueldo de los funcionarios que quieren dar el golpe de Estado —confirmó la voz de Anubis—. Hace tiempo que conocemos su plan, pero no podíamos hacer nada para impedírselo… Esas cosas no nos atañen… Sin embargo, no sabíamos que pensaban robar la estatua de Hapi… Eso nos atañe algo más.

—¿Dónde estabas? —pregunté enfadada a la negrura—. Pensaba que nos habías abandonado.

—Pero ¿qué clase de perro te crees que soy? Estaba buscando ayuda. Y encontrándola, por cierto —protestó Anubis—. De nada.

—¿Por dónde has entrado? —La pregunta de mi amigo era muchísimo más inteligente que la mía, por no variar. En cuanto la hizo, me di cuenta de una cosa: sabíamos que no había entrado por donde lo habíamos hecho nosotros. Y si él había podido entrar, nosotros podríamos salir. Tenía que haber otra salida de aquel agujero.

Ahora sólo necesitábamos dar con ella sin matarnos en la oscuridad.

10

—Seguro que Benson nos ha puesto linternas en la mochila —comenté—. Y, si no, tenemos las linternas del móvil…

Me quité la mochila, la abrí y comencé a buscar en su interior hasta que mis dedos rozaron un cilindro.

—Aquí está —palpé la linterna en la oscuridad hasta que hallé el botón de encendido.

Un rayo de potente luz rasgó la oscuridad yendo a chocar contra el rostro de Eric, que buscaba su linterna en el interior de su mochila.

—¡Quítame esa luz de la cara! ¡Que no veo! —exclamó Eric retirando el rostro—. Ah, ¡qué fuerte! ¡Aquí está la mía!

La encendió y recorrimos el entorno con los haces de luz, que fueron rebotando contra las paredes del pozo hasta que encontraron a Anubis. El perro esperaba a que acabásemos con gesto aburrido.

Junto a Anubis había una serpiente casi tan alta como yo, lo cual tampoco es mucho, pero a mí me pareció enorme. Era una cobra.

—¡Cuidado, Anubis! —grité dirigiéndome a la serpiente para proteger al perro.

—¡No! ¡Espera, Amanda! —Anubis se interpuso entre nosotros alzándose sobre sus patas traseras y apoyando las delanteras en mis piernas para detenerme.

La serpiente nos miraba con curiosidad, pero no intentó atacarnos.

—Esa cobra es muy rara —dijo Eric—. Ni se ha movido cuando

has ido a por ella…

—Eso intentaba deciros —explicó Anubis—. Ésta es Nehebkau, asesora de Maat… Me ha ayudado a dar con vosotros y gracias a ella podremos salir de este pozo.

—Asssí que tú eresss la sssalvadora. —La cobra fue acercándose a mí mientras hablaba. Su voz era suave y algo ronca, arrastraba mucho las eses, cosa que achaqué a su lengua bífida, pero no parecía que fuese a hacernos ningún daño—. No parecesss gran cosssa, pero Maat tiene mucha confianza en ti, pequeña.

—Soy Amanda Black —me presenté tendiéndole la mano. La serpiente me miró, inclinó levemente la cabeza y puso los ojos en blanco—. Ah, claro, perdona… No tienes manos. Bueno, encantada de conocerte.



—Essspero que tú ssseasss mássss lisssto que ella o essstamos perdidosss —bromeó Nehebkau—. Tú debesss de ssser Eric, Maat también me ha hablado de ti. Vamosss, no tenemosss todo el día. Tengo que sssacarosss de aquí.

—¿Maat me conoce? —preguntó sorprendido mi amigo—. ¡Qué

fuerte!

La serpiente ignoró el comentario de Eric, se acercó a una pared y desapareció por un pequeño túnel disimulado tras unas piedras.

—Venga, entrad… El último que bloquee el hueco con la piedra, por favor —pidió Nehebkau—. Intentamosss ocultar essste túnel lo máximo posssible, graciasss.

Obedecimos a la cobra y avanzamos a gatas por el túnel durante varios metros. De repente, el techo se alzó sobre nuestras cabezas, permitiéndonos caminar con normalidad.

Seguimos a la serpiente por pasadizos, túneles, escaleras y rampas durante un rato que, en aquella oscuridad que nos rodeaba, se me hizo eterno. Las paredes, al principio poco más que rocas puestas unas encima de otras, fueron tornándose más y más elaboradas. En algunas, preciosos bajorrelieves mostraban escenas de la vida cotidiana en el Antiguo Egipto que no tuvimos tiempo de admirar con detenimiento; en otras, las pinturas brillaban cuando las iluminábamos con nuestras linternas. El suelo también fue cambiando, de un sencillo suelo de tierra a losas perfectamente rectangulares que llevaban a salas situadas a los lados del pasadizo que íbamos siguiendo. Sin embargo, cuando por fin volvimos a ver la luz del sol, no habían pasado ni treinta minutos desde que habíamos sido encerrados en el pozo.

—Essse pozo essstá comunicado con el palacio en el que vivimosss algunosss de los diosssesss. Pero losss arqueólogosss todavía no lo han dessscubierto, por essso osss pedí bloquear la entrada de nuevo —comentó la cobra enroscando su cola en una palanca y tirando de ella—. Cuando lo hagan, tendremosss que bussscar otro lugar donde vivir.

Frente a nosotros se abrió una puerta. De la parte superior caía una fina cascada de arena amarilla y fina. Salimos al desierto entrecerrando los ojos ante el ataque de los rayos del sol, que todavía lucía alto en el cielo.

—¿Y ahora? —preguntó Eric mirando a su alrededor—. ¿Qué hacemos ahora? ¿A dónde vamos? —Me miró y no pude evitar una

sonrisa—. Tú tienes un plan… A mí no me engañas.

—Algo así —confirmé quitándome la mochila de la espalda y buscando algo en su interior—. Ah… Aquí está… —Extraje el teléfono móvil y comencé a buscar la última fotografía que había hecho—. Éste es nuestro próximo destino.

Giré el móvil para que Eric pudiese ver la pantalla.

—Ajá… —murmuró mi amigo.

—No tienes ni idea de lo que estás viendo, ¿verdad? —pregunté con un resoplido.

—Verdad.

—Es la foto del diario de Belloq, la hice antes de que ese tipo llegase y nos arrojase al pozo…

—Ah… Vale… ¿Y qué es?

—¡El mapa para llegar al oasis! —exclamé—. ¡Tenemos que encontrarlo! ¡Belloq cree que en él se encuentra la estatua perdida!

—¡Pues haber empezado por ahí! —dijo Eric entendiendo, por fin, lo que intentaba explicarle—. Envíame la foto, miraré con mi dispositivo en qué parte del desierto está ese oasis… Pero no tengo mucha seguridad en que el tipo ese no se equivoque…

—¿Y qué hacemos? —pregunté a mi vez enviándole la fotografía —. Esos hombres son peligrosos. Si los buscamos, podrían matarnos… Creo que es más seguro seguirle la pista a la segunda estatua.

—Si no la encontramos, moriremos, Amanda —insistió Eric.

—Belloq puede ser un ladrón y un mentiroso —intervino Anubis —, pero también es un buen arqueólogo. De no ser por él, este yacimiento nunca habría sido descubierto… Y eso que estaba al lado de El Cairo… Estoy con Amanda, intentar recuperar la estatuilla robada es demasiado peligroso…

—Yo también essstoy de acuerdo con la Black —zanjó Nehebkau.

—¿Y cómo viajamos por el desierto? —preguntó Eric sin dejar de teclear en su dispositivo—. ¿A pie? No tenemos ni idea de dónde está ese oasis y el tiempo corre en nuestra contra… Ah… Lo mismo

acabo de resolver una de las dudas que teníamos… Creo que éste es el oasis.

Me acerqué a mirar por encima de su hombro. Había superpuesto el mapa dibujado por Belloq en diferentes oasis del Sáhara. Sólo había uno con los elementos que había en el mapa del arqueólogo: dos templos y nada más alrededor. Ni carreteras de acceso.

—Essse esss —confirmó Nehebkau, que también se había acercado a mirar la pantalla del dispositivo.

—Sí, no has tardado nada, chico. —Anubis había metido la cabeza entre la cobra y yo. Le dio un lametón a Eric en la mejilla—. ¡Bien hecho!

—¿Sabíais dónde estaba el oasis y no me habéis dicho nada? —se indignó Eric.

—No nosss hasss dado tiempo… —se disculpó Nehebkau—. Hasss dado con él ensssseguida.

—Vale… Vale… Pero sigue habiendo un problema —continuó Eric—. ¿Cómo llegamos hasta allí?

El silencio cayó sobre nosotros como un edredón cae sobre la cama.

Aquel oasis estaba bastante lejos.

No teníamos ningún medio de transporte.

Lo que sí teníamos era a unos hombres muy peligrosos siguiéndonos la pista.

Y, en apenas dos días más, estaríamos muertos.

11

—Podemosss intentar hablar con los ssshikeaisss… —sugirió Nehebkau—. Sssu tribu no vive lejosss… No hay ninguna otra población en esssta zona. Tal vez ellosss puedan ayudarosss… Pueden llevarosss al oasssisss.

—¿Los shikeaqué? —preguntó Eric.

—Los ssshikeaisss… Una antigua tribu de beduinosss… Sssu asssentamiento no ssse encuentra lejosss de aquí. Yo tardaría muy poco en llegar hasssta allí, avanzo a mucha velocidad sobre la arena. No me cuesssta nada acercarme y hablar con ellosss.

—¿Crees que nos ayudarán? —pregunté.

—No lo sssé, pero esss vuessstra única oportunidad de llegar al oasssisss a tiempo.

—Ahora mismo estamos muy lejos de El Cairo —explicó Anubis —. Regresar allí a por un transporte nos haría perder un tiempo del que carecemos.

Ese argumento terminó de convencerme.

—Ve, por favor —le pedí.

Estuvimos esperando cerca de una hora dentro del túnel por el que habíamos salido para evitar el sol. El calor se había abalanzado sobre nosotros y nos abrazaba dejándonos casi sin respiración. Gruesos goterones de sudor se deslizaban por el tobogán de nuestras frentes y bajaban por nuestros rostros. Yo sentía regueros deslizándose por mi espalda, empapando el mono.

El viaje hasta el oasis iba a ser muy duro con aquellas temperaturas. Sólo esperábamos que mereciese la pena.

Ya habíamos perdido la noción del tiempo cuando escuchamos a Nehebkau llamándonos.

—¡Anubisss! ¡Amanda! ¡Eric! ¿Dónde osss habéisss metido?

—¡Aquí! —llamamos desde el interior del pasadizo—. ¡Estamos aquí!

Salimos de nuevo a la luz del abrasador sol para encontrar tres pares de ojos que nos miraban con curiosidad.

—No tienen cochesss —dijo la serpiente—, pero me han dado estosss dosss dromedariosss. Dicen que ssson losss mejoresss que tienen, ssson muy velocesss. Con ellosss podréisss recuperar a tiempo la essstatua de Hapi y regresssar a El Cairo… Por cierto, osss han dado también ropa como la de ellosss para que osss protejáisss del sssol.

—Nuestros monos nos protegen del sol —explicó Eric.

—No veo que osss cubran la cabeza —replicó la serpiente.

—*Touché.*

Yo asistí a la conversación en silencio mientras me ponía uno de los pañuelos en torno a la cabeza. Si íbamos a movernos en dromedario, lo mejor era taparnos para no coger una insolación. Iba a ser un trayecto bastante largo y dudaba de que en aquel terreno desértico fuésemos a encontrar muchos tramos de sombra. Dudaba de que fuésemos a encontrar ni siquiera uno.

Aquello era el Sáhara.

Kilómetros y kilómetros de arenas amarillas apenas manchadas por la vegetación de algún oasis. Un espacio en el que la muerte acecha detrás de cada duna, en el que el sol te castiga sin piedad por el día consiguiendo que te deshidrates en apenas un rato, si es que no coges una insolación, claro, y en el que las temperaturas caen por la noche hasta que consiguen que eches de menos el sol diurno. Una trampa mortal para un par de adolescentes a lomos de dos dromedarios. Y da igual donde mires, no encontrarás nada que te ayude a guiarte más allá de ese sol asesino y las estrellas que saludan en la oscuridad.

Nos despedimos de Nehebkau, subimos a los dromedarios —tuve

que ayudar a Anubis a subir al mío— y nos pusimos en marcha.

Los dromedarios avanzaban a un trote ligero que hizo que nos sintiésemos optimistas. A ese paso, aquella misma noche llegaríamos al oasis —ya llevábamos un par de horas de viaje— y, con un poco de suerte, para mañana por la noche estaríamos de regreso en El Cairo con tiempo suficiente para hacer el ritual… Evitando, de paso, nuestra propia muerte.

Viajar a lomos de un dromedario fue un auténtico castigo. No sólo terminamos con el culo como si nos lo hubiesen estado pateando durante varias horas, si no que, además, esos animales apestaban y tenían bastante mal genio. Eso sin contar con que había tenido que sujetar a Anubis durante todo el trayecto, esto es, horas, ya que el pobre no tenía manos para agarrarse a las riendas.



Lo dicho: un castigo.

—Desde aquí debemos avanzar a pie —dijo Anubis.

Un poco más adelante, se veían las copas de las palmeras que poblaban el oasis.

—Pero todavía falta mucho —protesté, cansada.

—Sí, pero apenas diez metros más adelante ya no podremos avanzar con los dromedarios, debemos ir a pie… Lo siento. Tenemos que dejar aquí a los animales, después los recuperaremos.

—¡No pasa nada! ¡Estoy deseando bajarme de esto! —exclamó Eric a nuestra espalda desmontando de un salto del dromedario… Y cayendo de bruces al suelo—. ¡Qué fuerte! Llevamos tantas horas a lomos de estos bichos que las piernas no me sostienen.

Descendí de mi dromedario con bastante más cautela que mi amigo, pero sin disimular el alivio que sentía por poder dejar atrás esa parte del viaje. Aun con el cuidado que tuve, yo también acabé sentada de culo en la arena del desierto. Demasiadas horas cabalgando en animales incómodos.

Decidimos descansar un rato y recuperar la movilidad de las piernas, por aquello de poder caminar, más que nada. Aprovechamos ese rato para comer algo, llevábamos desde el desayuno sin probar bocado y no sabíamos cuándo tendríamos tiempo de volver a parar.

La noche ya había descendido sobre el desierto y las temperaturas rondaban el punto de congelación, por lo menos el mío. Me recoloqué alrededor del cuello el pañuelo que llevaba en torno a la cabeza, no quería constiparme con aquel frío.

—Anubis, ¿qué podemos esperar en ese oasis? —pregunté entre bocado y bocado de barrita energética.

—Hay dos templos exactamente iguales —comenzó a explicar el perro—, uno es falso, el otro oculta en su interior la estatua. Los dos están llenos de trampas mortales.

—¿Sabes cómo desactivarlas? —quiso saber Eric.

—No todas, sólo algunas. Bueno, en realidad ninguna… Es que no las he puesto yo… —se disculpó Anubis.

Me resigné.

Entraría yo sola.

Había que hacerlo, necesitábamos recuperar esa estatua y unas pocas trampas no podrían detenerme… Si no me mataban, claro.

—Oh, oh… —murmuró Eric mirando su reloj.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Es la hora…

—¿De qué? —comenzaba a impacientarme.

—De la siguiente plaga… Ya sabéis, moscas y eso… Después vendrán los piojos…

Esta vez los cielos no se oscurecieron… Era de noche, así que ya estaban lo bastante oscuros; no obstante, a lo lejos, avanzando entre las dunas del desierto en nuestra dirección, escuchamos un zumbido sordo.

—Las moscas —dijo Eric fingiendo una tranquilidad que estaba a años luz de sentir—. Lo mismo deberíamos correr.

—Estoy de acuerdo —contesté en el mismo tono.

—¡Seguidme! —exclamó Anubis—. ¡Corred!

Salimos a la carrera tras el perro que nos guio a través de rocas y cavidades hasta que llegamos al oasis, escondido en una hondonada del terreno. Eric resoplaba delante de mí, cansado de la carrera. Él no estaba tan acostumbrado como yo a correr. Escuchábamos el zumbido de las moscas a nuestra espalda, cada vez más cercano, cada vez más sonoro.

—¡Eric! ¡Tápate la boca y la cabeza con el pañuelo! —grité sin bajar el ritmo mientras acomodaba mi propio pañuelo.

Llegamos al oasis y Anubis se lanzó al agua de un salto.

Eric frenó en la orilla, dudoso, y yo lo empujé cuando pasé a su lado. No había tiempo para dudas. O se tiraba al agua o lo cogerían… Y si lo cogían iba a estar escupiendo moscas hasta que los dinosaurios volviesen a dominar el mundo.

Retuve a mi amigo bajo el agua, junto a mí. Con el otro brazo sujeté a Anubis que, como buen perro, insistía en flotar.

Bajo la transparente superficie vimos una nube negra que pasaba sobre las aguas y se alejaba sin detenerse.

Los tres salimos del pequeño lago tosiendo y jadeando, más por la carrera que por el rato que habíamos estado sumergidos.

En el suelo había moscas muertas.

—Tercera plaga… ¿Cuál es la siguiente? —preguntó Eric todavía

jadeando.

—Los piojos —repliqué.

—Chicos, aquí hay piojos también —comentó Anubis mirando algo que había en el suelo—. Creo que las moscas y los piojos han venido juntos… Tercera y cuarta plagas a la vez.

—Entonces la siguiente sería la muerte del ganado… —dijo Eric acercándose a donde se encontraba el perro y mirando algo que había en el suelo—. Y eso nos deja menos tiempo para recuperar la estatua y volver a la ciudad… Pero ¿qué le pasa a este Hapi? ¿Por qué manda dos plagas juntas?

—Ni idea —admitió Anubis—. Pero tenemos que darnos prisa.

—Vamos a tener un problema para regresar a El Cairo —dije.

Nuestros dromedarios morirían en apenas siete horas, teníamos que recuperar la estatua cuanto antes, pero aun con eso, esos animales no conseguirían llegar hasta la ciudad. Nos iba a tocar caminar por el desierto.

—Desde aquí estamos a unas horas de viaje hasta el Nilo —informó Anubis—. Una vez recuperemos la estatuilla de Hapi, creo que deberíamos ir al río y coger un barco hasta El Cairo. Es la única manera de llegar a tiempo.

—O bien, puedes hablar con Hapi cuando la tengamos —sugirió Eric con una mirada ilusionada en sus ojos.

—Hapi está en la otra estatua, no en ésta —explicó el perro—. Mientras no recuperemos la otra, no puedo hablar con él. Sólo nos queda cumplir el ritual y parar esta locura.

La mirada de Eric se apagó un poco al enterarse de lo que nos acababa de decir Anubis.

—No te preocupes, vamos a recuperar esa figura y a detener las plagas, ¿vale? —le dije a mi amigo pasándole un brazo por los hombros.

—No quiero morir —susurró mirando al suelo.

—Ya, yo tampoco. No vamos a hacerlo, Eric, no vamos a morir.

Escribí a mi tía y la puse al corriente de la situación. Ella me escribió de vuelta pidiéndome que tuviésemos cuidado e

informándonos de que ellos continuaban bajando por el río, avisando en las paradas de la procesión, pero que si la necesitábamos dejaría al doctor Hewiss y a lord Thomsing y vendría con nosotros.

Me planteé pedirle que lo hiciese. En realidad, me aterrorizaba la idea de tener que morir en el desierto, buscando la estatua del dios con mal despertar, lejos de mi tía, de mi casa, de mis amigos… Lejos de todo. Y aún me aterrorizaba más la idea de ver morir a Eric.

Mi Eric.

Mi mejor amigo.

Estábamos cada vez más desanimados. Cada plaga que llegaba era un recordatorio de que el tiempo se nos acababa, de que cada vez estábamos más cerca del fracaso… Y, en este caso, el fracaso significaba la muerte de muchísimos jóvenes. Más de los que me atrevía a contar. Entre ellos, nosotros mismos.

No, no podíamos permitirlo.

—En marcha —dije poniéndome en pie con una palmada—. Anubis, ¿cuál es el templo falso y cuál el que esconde la estatua?

—El de la derecha es el bueno… Creo.

—¿Crees? —pregunté con una ceja levantada—. ¿Cómo que crees?

—A ver, Amanda, que estos templos se construyeron hace más de tres mil años… No me puedo acordar de todo.

—Tiene parte de razón —lo defendió Eric—. Yo ni siquiera me acuerdo de lo que desayuné ayer…

Suspiré y miré a mi alrededor. Comencé a caminar en dirección al templo que quedaba a la derecha.

12

El oasis era tal y como me lo imaginaba. Había crecido en una hondonada natural del terreno que formaba un círculo casi perfecto boyante de vegetación: palmeras, arbustos que no supe identificar con bayas moradas y rojas, incluso zonas cubiertas por mantos de pequeñas flores silvestres de varios colores. En el centro de todo aquello destacaba una masa de agua, responsable de toda aquella vida en medio de uno de los desiertos más áridos y extensos del mundo. Aun a la luz de la luna, me di cuenta de la transparencia de aquellas aguas. En ellas nadaban peces y en el fondo se veían rocas y otras formas que, de noche, era imposible distinguir.

No era un oasis muy grande, sólo ocupaba el espacio de la hondonada, no obstante, eso no lo hacía menos impresionante.

Mirando desde donde nos encontrábamos, en la orilla del manantial, vimos un templo a la derecha y otro a la izquierda.

Los dos exactamente iguales.

Ambos se adentraban en la pared de roca que era el otro extremo del oasis, quedando sólo la entrada y el patio de ambos templos en el exterior.

—Vosotros quedaos aquí —ordené—. No quiero que caigáis en ninguna trampa.

—Oh, podemos acompañarte un rato —dijo Anubis—. Las trampas comienzan casi llegando al santuario.

—Pues andando —ordené—. No podemos perder ni un minuto más.

Penetramos en el templo de la derecha atravesando los dos altos

pilonos, dos muros en forma de pirámide truncada que formaban la puerta de acceso. No había paseo de esfinges ni obeliscos ni estatuas que precediesen los pilonos, tan sólo la vegetación del oasis. Tras la entrada, se abría un amplio patio con columnas de piedra rodeado por un muro alto en el cual había figuras y jeroglíficos tallados en bajorrelieve.

Alumbramos en dirección a las paredes con nuestras linternas, tal vez en las tallas podríamos encontrar pistas sobre las trampas que nos esperaban —me esperaban— más adelante.

Las columnas de la sala en la que nos hallábamos eran gruesas y redondas, contaban también con tallas alrededor y acababan, en su parte más alta, en forma de flor de loto. Estábamos en el centro de un auténtico bosque de columnas. Era precioso, pero también sobrecogedor. Me sentí pequeña e insignificante… Al fin y al cabo, era mi primera vez en un templo egipcio.

Sacudí la cabeza para quitarme de encima todas aquellas emociones que estaba sintiendo. Necesitaba tener la cabeza fría para enfrentarme a las trampas que escondía el templo. Mucho dependía de mí y, en esta ocasión, no pensaba fallar.

Alumbré con el haz de mi linterna la primera de las columnas. Sus tallas contaban la vida diaria del oasis… O eso entendí yo. Todavía no dominaba los jeroglíficos, así que me veía bastante limitada en su lectura. Había varias columnas más con escenas diarias de la vida en Egipto. Otras contaban la historia de Hapi, el dios al que estaba dedicado el templo. Me detuve en ellas un buen rato intentando averiguar lo máximo posible sobre aquel dios enfadado, pero en ninguna encontré nada que tuviese que ver con las trampas que tendría que superar. Me dirigí a uno de los muros para continuar investigando cuando Eric me interrumpió.

—¡Amanda! ¡Mira aquí! —llamó Eric iluminando una figura en uno de los muros.

Me acerqué a mi amigo y me fijé en lo que señalaba.

—¿No te recuerda a alguien? —preguntó.

Mis ojos se abrieron como platos antes de encontrar las palabras

para contestar.

—Es clavado a… —dije por fin en un murmullo.

—Sí que lo es —interrumpió Eric—. Oye, Anubis, ven, acércate un momento. —El perro se aproximó a nosotros meneando la cola —. ¿Lo conoces? ¿Sabes quién es?

—Claro, éste es Nuti, el guardián de los justos.

—¿Es un dios? —pregunté.

—No, qué va, es un inmortal, pero no un dios.

—¿Y qué hace? —quiso saber Eric.

—Es una figura protectora, debe cuidar a los justos o a aquellos que intentan mantener el equilibrio entre las fuerzas del bien y del mal… Es un poco confuso. Hace siglos que le perdí la pista, ni siquiera sé si sigue en la Tierra, aunque, como inmortal, debería ser así.

Iba a tener que hablar con Benson, porque se parecía MUCHÍSIMO a aquella figura grabada en un muro de un templo perdido en medio del desierto.

—A partir de aquella puerta empiezan las trampas —dijo Anubis acercándose a mí y dándome un suave toque en la pierna con una de sus patas.

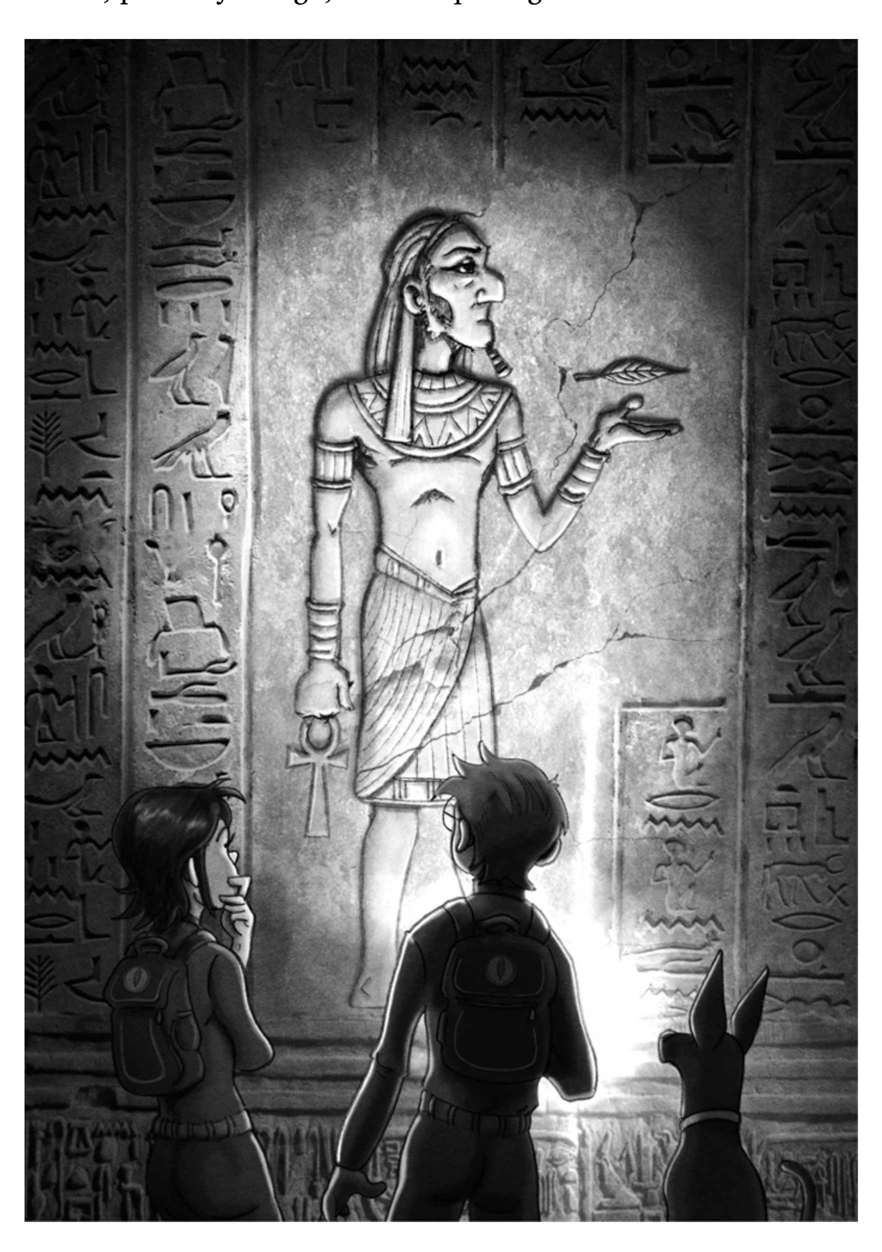
Su estrecha cabeza negra miraba a una entrada situada al final de la sala.

—¿Qué puedes decirme de Hapi? —pregunté. Tal vez él pudiese darme algo que me ayudase a superar las trampas.

—A ver, no es mal tipo. Se pasa el día durmiendo y cuando se despierta lo hace de mal humor… —comenzó a explicar—. Aunque eso creo que ya lo sabéis. De cualquier modo, cuando se le pasa el enfado es muy divertido. Le encanta que lo adoren… Eso también lo sabéis. Se lo asocia a la crecida del Nilo, cuando las aguas se retiraban dejaba un limo fértil que servía para los cultivos… ¿Qué más puedo decirte…? A ver, sí, se supone que tenía un harén de diosas rana y vive, según el mito, en una cueva situada al comienzo del Nilo, si bien eso ya no es cierto, claro… Poco más puedo decirte.

—No creo que me sirva de mucho, pero gracias igualmente —

repuse algo decepcionada—. Si no he regresado por la mañana, por favor, intentadlo vosotros… Eric, lo siento. Si yo fallo no podemos dejarlo así. Te enviaré al dispositivo cada una de las trampas que resuelva, pero si yo caigo, tendrás que seguir tú.



—Lo haré, no te preocupes, pero no vas a fallar —zanjó dándome un abrazo—. Ten mucho cuidado y vuelve de una pieza.

Caminamos hacia la puerta que daba a las partes más profundas del templo, las que quedaban excavadas en la roca.

Eric me dio otro abrazo.

Cuando nos separamos, miré a mi amigo y a Anubis por última vez, giré sobre mis talones y atravesé el umbral de piedra.

13

Ante mí se abría una pequeña sala y, a continuación, un estrecho pasillo de piedra que apenas tenía el ancho de una persona adulta. En el techo, una pequeña claraboya permitía el paso de la luz de la luna, escasamente suficiente para ver lo que tenía delante.

Saqué la linterna de la mochila y alumbré las paredes y el suelo. El haz de luz no alcanzaba a iluminar el extremo más alejado, aun así, en ese pasillo había restos de esqueletos. Reconocí unas cuantas calaveras, fémures, tibias, alguna mano y costillas.

Varios habían muerto en el intento.

Esperaba no convertirme en uno de aquellos esqueletos.

En la sala no había más decoración que un Anubis tallado en la piedra en uno de los laterales del muro. El resto era roca vacía, desnuda, sin decoración alguna.

—Anubis… —murmuré pensando en todo lo que sabía sobre nuestro amigo canino.

Según la mitología egipcia, Anubis era el dios de los embalsamadores. También acompañaba a las almas en su viaje a través del umbral del mundo de los vivos hacia el más allá y, más aún, pesaba los corazones para decidir quién era digno de entrar en el reino de los muertos. Si el corazón pesaba más que una pluma de avestruz, no lo era. Eso lo sabía porque aquella pluma era la representación de Maat. Mi tía me había hecho estudiar todo aquello que estuviese relacionado con Maat.

Lo único que sacaba en común en todos aquellos datos era que Anubis tenía que ver con la muerte. Poco más.

Me aproximé al pasillo que se encontraba ante mí buscando alguna otra pista. En el suelo no hallé nada; sin embargo, en las paredes de ambos lados del pasillo vi unas estrechas líneas oscuras que parecían pintadas. Alcé la mano y toqué una, estaba vacía, era una ranura, no una línea pintada. Las ranuras se extendían a lo largo de todo el corredor, tres a cada lado, situadas a diferentes alturas. En la pared de la derecha, la primera quedaba por encima de mi cabeza, la siguiente me llegaba como a la altura del pecho y la más baja me quedaba por las rodillas. En la pared de la izquierda aquellas ranuras tenían una altura algo diferente, situándose unos centímetros por debajo de las del muro contrario.

Alcé la vista al techo y vi más de aquellas hendiduras recorriéndolo hasta el final.

Tenía claro que aquello eran trampas y había que atravesar el pasillo de una manera concreta, pero ¿cuál sería la forma correcta de hacerlo?

Volví a mirar el bajorrelieve de Anubis.

Anubis. Muertos. Embalsamadores.

¿Qué tenían en común?

Continué pensando en aquel acertijo durante unos minutos más, dándole vueltas en mi cabeza, buscando aquello que no estaba viendo.

Por fin me di cuenta.

Personas fallecidas.

Ésa era la clave.

Anubis acompañaba a sus almas, los embalsamadores las preparaban.

¿Y cómo está una persona mientras la embalsaman? No tenía ni idea porque nunca lo había visto, pero sí había visto en diferentes libros de la Mansión Black imágenes que representaban a Anubis, el dios con cabeza de chacal, sujetando a los fallecidos, de pie, mientras los embalsamadores los preparaban; no obstante, también los había visto tumbados boca arriba.

Dirigí de nuevo los ojos al pasillo y sopesé mis opciones. Sólo en

la parte de abajo del corredor no había ranuras.

Tal vez me la estuviese jugando, pero decidí pasar tumbada boca arriba. Si me equivocaba y se activaba alguna trampa, no tendría tiempo ni de levantarme, moriría allí mismo, pero el tiempo se nos acababa.

Guardé la linterna en la mochila y me la até al tobillo, me tumbé frente al pasillo con la cabeza en dirección a él y los pies mirando a la puerta por la que había entrado y comencé a reptar de espaldas, impulsándome con los hombros, intentando no levantar las rodillas. Si lo hacía, quedarían por encima de la primera de las ranuras y no sabía qué podía salir de allí. Avanzaba apenas unos centímetros con cada impulso. Iba a llevarme mucho tiempo recorrer toda aquella distancia… Si es que conseguía hacerlo.

Atravesé dos metros de aquel pasillo reptando como un gusano al revés sin que nada sucediese, cuando, sin previo aviso, la baldosa de piedra sobre la que me acababa de apoyar se hundió unos centímetros bajo mi peso. Escuché un «clic» seguido de un sonido metálico y agudo. A continuación, se oyó un violento soplido.

«FUUUUUUSSSSSSSSSH».

Desde el techo comenzó a descender, penduleando, una enorme cuchilla. Bajaba a toda velocidad. Oscilando de atrás hacia delante.

No tenía forma de escapar sin que me partiese en dos.

Me apreté contra el suelo todo lo que pude, pero aquella cuchilla no se detenía.

Giré la cara y cerré los ojos esperando lo peor.

Sentí una brisa en el rostro y me atreví a mirar por el rabillo del ojo. La cuchilla continuaba balanceándose, pero ya no descendía. Cada pocos segundos notaba el aire que producía su oscilación a escasos centímetros de mí.

Noté el sudor resbalándome desde la frente hacia las sienes. Ni siquiera podía alzar una mano para enjugármelo: temía que, si lo hacía, aquella cuchilla me la rebanaría.

Continué avanzando, temiendo a cada centímetro que aquella hoja afilada y curva decidiese bajar un poco más y acabase

conmigo.

Un par de metros más adelante, de nuevo, una de las baldosas se hundió. Pude escuchar otro «clic» y, otra vez, el sonido metálico, pero esta vez seguido de un castañeteo y una ráfaga.

«CLING, CLING, CLING, FSSSSSSHHHHH».

En esta ocasión, cuando la cuchilla del techo estaba en su punto más alto, de las ranuras de las paredes salieron otras cuchillas. Éstas, redondas y dentadas, recorrieron el pasillo en toda su longitud. Apenas quedaba un centímetro de espacio entre las de la pared derecha y las de la izquierda. Desaparecieron en sus ranuras cuando la del techo descendió hacia mí para aparecer, de nuevo, cuando volvió a oscilar hasta las alturas.

Era imposible sobrevivir a aquello si se avanzaba de una forma que no fuese tumbado boca arriba, o boca abajo.

Me quedé paralizada viendo toda aquella muerte metálica sobre mi cabeza. Si por error alzaba una pierna o una mano, aquellos filos se hundirían en mi carne, abriéndola, sin ningún tipo de piedad.

Respiré hondo unas cuantas veces y continué avanzando hacia el final del pasillo con todo el cuidado del que fui capaz. El sudor se me metía en los ojos haciendo que me picasen y escociesen, salía por todos los poros de mi cuerpo y resbalaba por la piel empapando el mono que llevaba puesto. No había nada que pudiese hacer para aliviar mi incomodidad. Cualquier movimiento equivocado podría significar mi final.

No sabía cuánto me quedaba para cruzar el pasillo, no me atrevía a mirar.

Yo continuaba impulsándome con los hombros, avanzando unos pocos centímetros cada vez, cuando una tercera piedra se hundió bajo mi espalda.

Vale, aquél debía de ser el momento en el que, por fin, la había cagado y moría, porque no se me ocurría de dónde podrían salir más cuchillas. Tal vez había una ranura en el suelo que yo, desde el otro extremo del pasadizo, no había llegado a ver. Ahora saldría una hoja afilada del suelo y me partiría en dos.

Volví a cerrar los ojos con fuerza, preparándome para el dolor que imaginaba que iba a sentir. Por lo menos sería breve.

Estuve así durante un minuto, más o menos.

Cuando vi que nada sucedía, abrí los ojos.

Las cuchillas habían desaparecido.

Todas.

No quedaba ni rastro de ellas.

Las ranuras me miraban tranquilas. Viéndolas, nadie adivinaría la muerte que ocultaban en su interior.

Alcé la mirada y vi que estaba al otro lado del pasillo.

Había superado la primera trampa.

14

Me puse en pie y, por fin, pude limpiarme el sudor de los ojos, que me escocían y lloraban como si me hubiesen echado un litro de limón en ellos.

Lancé una mirada al pasillo, que ahora quedaba a mi espalda. Me había llevado mucho tiempo llegar hasta donde me encontraba.

La oscuridad me rodeaba.

No me atrevía a dar un sólo paso más, podría haber otra trampa y caer en ella sin haberla visto siquiera.

Me desaté la mochila, que continuaba asegurada a mi tobillo, y busqué la linterna en su interior. Cuando conseguí encenderla, vi que me encontraba en una sala similar a la que había al principio del corredor, pero en ésta no había nada en las paredes. Ni dibujos ni jeroglíficos ni bajorrelieves. Nada. Sólo una pared de piedra en la que todavía podían verse las muescas dejadas por los cinceles utilizados para construir aquella sala.

Tenía que informar a Eric de que había conseguido atravesar la primera trampa y decirle cómo tendría que hacerlo él si yo caía más adelante. Subí la manga del mono, apreté un par de botones en mi reloj y grabé un mensaje de voz explicándole todo.

Aquél no era un reloj normal, me lo había regalado mi tía el mismo día que tomamos posesión de la Mansión Black, nuestro hogar y centro de operaciones. En ella se encontraba el taller, situado en el inmenso sótano de la mansión, donde preparábamos todas nuestras misiones y donde se encontraban todos los ordenadores, la biblioteca, los medios de transporte que

utilizábamos —tenía hasta una lancha— y los trajes que podíamos necesitar. En el taller también estaba la Galería de los Secretos, el lugar en el que guardábamos los objetos que, en malas manos, podrían ser peligrosos para la humanidad y que nosotros sacábamos de la circulación. Nada que entrase en la galería volvía a salir… Bueno, mejor dicho, casi nada.

El reloj era parte del equipo que siempre llevaba conmigo. Con él podía enviar mensajes, anular alarmas y trazar mapas, entre muchas otras cosas. Además, también daba la hora.

El mensaje que acababa de enviarle a Eric aparecería en forma de texto en su dispositivo. También activé el seguimiento, así mi amigo sabría dónde me encontraba yo en cada momento y recibiría el trazado del mapa del templo en tiempo real.

Cuando hube acabado de poner al corriente a Eric de todo lo sucedido hasta el momento, volví a analizar la sala en la que estaba.

Frente a mí había un dintel cuadrado tras el cual unos peldaños descendían hacia el interior de la montaña, cada vez adentrándose más en ella, como una tumba. No había ninguna otra salida.

Me encogí de hombros y comencé a bajar los peldaños iluminando mis pasos con la linterna.

La escalera era empinada y la humedad del entorno la hacía resbaladiza. Aquello no podía ser una trampa, era demasiado fácil, pero tenía que pisar con cuidado si no quería partirme el cuello por un resbalón tonto.

Al final de la escalera se abrió otro amplio espacio. Cuadrado, con techos altos. Totalmente inmerso en la oscuridad.

Alumbré a las paredes.

Antorchas.

Dudaba mucho de que aquellas antorchas se encendiesen, pero no perdía nada por probar.

Rebusqué de nuevo en el interior de la mochila. Estaba segura de que Benson habría metido cerillas, un mechero o algo así. A Benson no se le escapaban estas cosas.

No conseguía dar con ellas, era difícil buscar con una mano

mientras con la otra sostenía la linterna, así que me senté en el suelo, me puse la linterna entre los dientes y sostuve la mochila entre las piernas mientras con ambas manos buscaba en el interior. Di con una cremallera medio escondida, la abrí y allí estaban las cerillas… Y un mechero de gasolina, mucho más seguro que los normales… Y un pequeño soplete… Y una lata de gasolina para el mechero. Todo ello guardado en una bolsa impermeable en el bolsillo de la mochila.

Sonreí pensando en el mayordomo. Parecía adelantarse siempre a todas nuestras necesidades.

Lo guardé todo menos el mechero y me acerqué con él a las antorchas. Lo encendí y lo aproximé a la primera.

Prendió enseguida, arrojando algo de luz a aquel entorno.

Repetí la operación con el resto de teas.

Por fin pude ver lo que había un poco más adelante.

Dos piscinas.

Una de ellas estaba llena de agua transparente y limpia; la otra, llena de un barro denso y oscuro que burbujeaba en diferentes puntos y olía a cosas podridas.

Tenía que meterme en una de esas dos piscinas si quería atravesar aquella sala y continuar avanzando.

Obviamente, mi primer impulso fue dirigirme a la de aguas cristalinas, no me apetecía mucho meterme en aquella piscina de lodo apestoso, no sabía qué podía esconderse bajo la superficie. Por el contrario, en la otra, la del agua limpia y clara, con un sólo vistazo podías darte cuenta de que no había nada más que eso, agua, pero cuando estaba a punto de meter un pie en ella, decidí pensármelo otra vez.

Y menos mal que lo hice.

15

Era muy fácil, demasiado.

¿Barro o agua?

Había mil motivos para elegir la piscina de agua; sin embargo, algo me decía que me estaba precipitando en mi elección.

Medité sobre las cosas que me había dicho Anubis sobre Hapi y dos palabras relucieron en mi cerebro: «limo fértil».

Hapi se asociaba con la crecida del Nilo y ésta, a su paso, dejaba un limo fértil que era beneficioso para los cultivos.

Tal vez aquí se hallara la clave para salir con éxito —esto es, con vida— de esta trampa.

Volví a mirar la piscina de barro. Era espeso, oscuro y olía mal. Lo tenía todo en contra para que me metiese allí, pero sabía que era la elección correcta. Ni siquiera sabía si haría pie y, por supuesto, nadar en aquel fango tan denso estaba descartado.

Avancé despacio hasta situarme frente a la piscina de lodo. Me senté en el suelo y me quité las botas y los calcetines. El resto de la ropa que llevaba puesta se empaparía con aquel limo pestilente, pero qué le iba a hacer, mejor eso que morir de alguna forma horrible.

Dejé las botas, con los calcetines guardados en su interior, en el borde y me senté en él con los pies dentro de la piscina, en el barro. Era cálido, resbaladizo, tenía aspecto de chocolate recién hecho, pero con peor aroma. Con mucho peor aroma. El hedor me dio arcadas.

Me di la vuelta y, ayudándome con los brazos, fui

introduciéndome en el fango. Cuando me llegó por la cintura, mis pies tocaron el fondo.

Me hice de nuevo con las botas y alcé los brazos por encima de la cabeza para que no se mojasen.

Comencé a avanzar despacio, asegurándome de afianzar bien un pie antes de levantar el otro. De vez en cuando, mis ojos viajaban hasta la piscina cristalina del otro lado preguntándome qué trampa habría en esas aguas, ya que cuando había mirado no había visto nada en ellas, preguntándome si no me habría equivocado y si estaría caminando hacia mi muerte.



Cuando me encontraba por la mitad, algo que no pude ver me rozó la pierna. El barro se movió a mi alrededor formando ondas y burbujas.

Ahí estaba, me había equivocado y ahora un monstruo horroroso iba a comerme… Tras ahogarme primero en el limo viscoso, claro.

Me quedé muy quieta, no me atrevía a continuar andando. Sentí un nuevo roce y de nuevo el cieno se revolvió a mi alrededor. Estuve así un buen rato: aquel animal, o lo que fuese, nadaba entre mis piernas y alrededor de ellas, pero no me atacaba, no me mordía, parecía más bien que se alegrase de tener algo nuevo con lo que jugar, como si yo fuese un campo de obstáculos con el que entretenerse.

Cuando me convencí de que fuese lo que fuese no iba a comerme, eché a andar de nuevo, los roces se intensificaron, pero nada sucedió. Llegué al otro extremo sana y salva. Asustada y tensa, pero bien.

Salí de la piscina y me senté sobre las piedras del suelo, esperando a que se secase el barro de la ropa para poder sacudírmelo y quitarme de encima la mayor cantidad posible. Mientras esperaba, me fijé de nuevo en la piscina de agua.

Me acerqué al borde intentando averiguar qué tipo de trampa habían utilizado los constructores del templo. No había nada. O yo no vi nada. No con la linterna.

Encendí las antorchas de aquel lado de la sala y me aproximé de nuevo hasta el borde poniéndome de rodillas, alumbré el agua con la linterna y, ahora sí, alcancé a ver algo. Desde la otra orilla no era visible, pero a este lado era obvio que había un pequeño desnivel hacia la mitad de la piscina que la atravesaba de lado a lado. Sentía curiosidad, no sabía qué tipo de trampa podría albergar. Desde donde me encontraba no se veía nada peligroso ni fuera de lugar. Junto a mí había una piedra, la sujeté y la lancé con fuerza en dirección al desnivel.

Atravesó las aguas y cayó en el fondo, tan pronto se posó, el techo de la sala se abrió y de él descendió a toda velocidad una losa cuadrada que quedó encajada en el vaso de la piscina, justo por debajo de la superficie.

Si hubiese elegido las aguas claras en lugar del limo, habría muerto. Si hubiese ido caminando por esa piscina tarde o temprano habría pisado el desnivel, si la losa no me hubiese matado al caer,

me habría ahogado.

Supuse que habría algo que también dispararía la trampa si el ladrón decidía atravesarla a nado, pero ahora nunca lo sabría. Quien hubiese construido el templo se había cuidado muy bien de que ningún saqueador alcanzase su objetivo.

Un estremecimiento me recorrió la columna al recordar el momento en el que estuve a punto de meter el pie en aquella piscina en lugar de en la de fango.

Llevaba unos quince minutos en la sala cuando escuché unos engranajes rodando. A los pocos segundos, la losa comenzó a ascender de nuevo hacia el techo quedando encajada en él. Desde donde yo me encontraba, era imposible distinguir las juntas. El fondo de la piscina se retiró poco a poco dejando caer a un foso la piedra que yo había tirado, a continuación el fondo regresó a su lugar y la piscina comenzó a llenarse de nuevo de agua limpia.

Muy listos estos egipcios. Si alguien moría en la piscina de aguas cristalinas, sus restos serían una pista para que el siguiente eligiese la de barro. Vaciándola y volviéndola a llenar, quien viniese detrás de mí estaría tan perdido como lo había estado yo.

Envié otro mensaje a Eric poniéndole al corriente de todo lo sucedido.

Cuando mi ropa estuvo más o menos seca, sacudí todo el barro que pude de ella, que no fue mucho, y continué adentrándome en el templo.

Un pasadizo estrecho, por el que apenas podía avanzar de pie, fue mi siguiente etapa. Alumbré mi camino con la linterna. El pasadizo me llevó hasta una sala de techo muy bajo con dos puertas al fondo.

Nada más dejar atrás el pasadizo, una roca me cerró el paso.

Sólo podía seguir hacia delante.

16

Estudié la sala con detenimiento.

En el suelo había un par de esqueletos cuyas calaveras me miraron con ojos vacíos y sonrisas falsas. Vale, algún saqueador había llegado también hasta aquí.

En el techo, que se encontraba a apenas unos cincuenta centímetros sobre mi cabeza, había unos orificios del tamaño de un puño, lo mismo que en el suelo.

A lo largo de las paredes, de piedra lisa, unas hornacinas excavadas en la misma roca albergaban antorchas en su interior. Las encendí una a una con el mechero y apagué la linterna.

En el extremo opuesto de la sala había dos puertas de piedra, cada una de ellas tenía una palanca a su lado para abrirla.

En una de ellas había grabada la figura del dios Hapi y, en la otra, una rana.

No me quedaron dudas sobre lo que sucedería si me equivocaba al elegir la salida, al fin y al cabo aquélla era una de las trampas clásicas en los templos antiguos y mi tía se había enfrentado a una similar en la ciudad perdida de Tilopán.

De los agujeros situados tanto en la parte superior como en la inferior, saldrían pinchos, de hierro o de madera, a saber, a la vez que el techo comenzaría a descender. El resultado final de todo aquello sería un pinchito de Amanda.

Tenía que seleccionar cuidadosamente la puerta por la que continuaría, la otra sería una falsa salida que, al intentar abrirla, bloquearía la correcta atrapándome en aquella ratonera para morir

atravesada o aplastada, lo que sucediese antes.

Me aproximé a las puertas y estudié los grabados: Hapi o rana.

Por lo que sabía, podía ser cualquiera de las dos. Yo estaba buscando la estatua de Hapi, así que, ¿por qué no seguir por la puerta en la que estaba representado? Pero, por lo que me había contado Anubis, se suponía que Hapi tenía un harén de diosas rana en la cueva ésa en la que vivía… En resumen: podía ser cualquiera de las dos puertas.

Estaba perdida.

No tenía ni idea de cuál elegir.

Miré al techo sopesando la probabilidad de equivocarme y sobrevivir a los pinchos.

Según mis cálculos, la probabilidad era tirando a baja.

No podía equivocarme.

Medité sobre las pruebas a las que ya me había enfrentado: la primera era casi una profecía. No había que olvidar que Anubis era el encargado de acompañar las almas de los muertos hasta el más allá… Si avanzas un paso más, Anubis te acompañará.

La segunda prueba tenía que ver con los beneficios de la crecida del Nilo, de la cual el dios Hapi era responsable. El limo fértil gracias al que los cultivos florecían y los egipcios podían sobrevivir y alimentarse hasta el año siguiente.

No tenía sentido que la tercera fuese tan sólo la imagen de Hapi… Sin embargo, las ranas eran sus esposas, su harén… Sin contar con que éstas eran consideradas símbolo de fertilidad y vida en el Antiguo Egipto… Eso lo sabía por mis clases con la tía Paula, claro.

Casi prefería inclinarme por la rana, un símbolo de vida me daba más confianza que el dios del mal despertar, el dios que se enfurruñaba porque no le habían hecho regalos… Por mucho que estuviese buscando a ese dios, algo me decía que no era la elección correcta, que un señor que ha creado tantas trampas cuyo objetivo es matarme y que mis manos no se posen sobre la estatua de Hapi no me lo iba a poner tan fácil.

Miré la puerta de la rana.

Me aproximé despacio a ella y estiré el brazo para acariciar aquel grabado con la mano. Recorrí aquella rana con los dedos.

A continuación, me situé frente a la palanca que activaría aquella puerta, resoplé un par de veces y agarré la barra con ambas manos. Di un fuerte tirón y esperé con los hombros encogidos.

Sonaron varios clics y clacs seguidos de un retumbar sordo cuando la piedra que bloqueaba el paso comenzó a deslizarse hacia un lateral dejando vía libre para que pudiese continuar avanzando.

Otra trampa superada, no sabía cuántas más me quedaban por delante. Esperaba que no muchas, porque cuanto más tardase en el templo, menos tiempo les quedaría a los camellos… Y los necesitábamos para llegar al Nilo.

El tiempo se nos acababa.

17

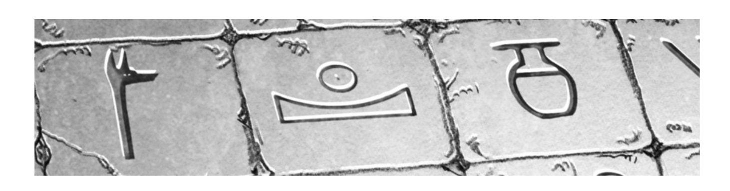
Recorrí el siguiente pasadizo lo más rápido que pude. Estaba cansada, tenía hambre, llevaba mucho tiempo sin dormir, mi ropa apestaba a limo y se había quedado tiesa porque no me había sido posible sacudir todo el barro que había quedado en ella… No sabía cuánto más podría aguantar, pero tenía que intentarlo.

Sin detenerme, le envié a Eric la resolución de la tercera trampa y me abrí paso a través de la vegetación que se había adueñado de la entrada a la siguiente sala.

Separé las hojas que me impedían el paso y fui a parar a una especie de caverna. Esta vez los muros estaban tallados de manera mucho más tosca, parecía más una cueva natural. Avancé algunos pasos y entonces lo vi.

Un poco más adelante, el suelo pasaba de ser piedra basta y sin adornos a estar formado por baldosas cuadradas bellamente talladas, y en el centro de cada una de ellas destacaba un dibujo.

Eran jeroglíficos. Todos diferentes.



—¿Y aquí qué pone? —murmuré para mí. Estaba estudiando jeroglíficos con la tía Paula, pero mi conocimiento sobre ellos era todavía demasiado escaso.

Miré los extraños dibujos con detenimiento, alumbrándolos con

la linterna uno a uno, como si así fuese a entenderlos. En la primera fila de baldosas había siete; en la segunda, otros siete y así hasta llegar al otro extremo de la sala.

Tras varios minutos de observar aquel suelo, reconocí uno de los símbolos. Se trataba de una especie de espiral que miraba hacia abajo unida en su parte superior, como una cuerda trenzada… Pero ¿dónde lo había visto?

Desde que había llegado a Egipto, había visto jeroglíficos por todas partes… Podía ser en cualquier lugar, podía no estar relacionado con la prueba.

Me concentré intentando recordar, hacía poco que lo había visto, de eso estaba segura.

De repente lo recordé: en el avión, cuando la tía Paula nos enseñaba a escribir «Hapi» en jeroglíficos. ¡Aquella espiral era el primer símbolo de su nombre!

Mi mirada viajó por todo el suelo. Saltando de baldosa en baldosa, buscando la continuación al acertijo. Reconocí un par más.

¡Eso era!

¡El nombre de Hapi!

Salté hasta la primera baldosa y busqué entre las de la siguiente fila algo que me sonase.

¡Ahí estaba! ¡La llave! La tía Paula nos explicó que era un brazo, pero aquello tenía pinta de llave.

El segundo jeroglífico era algo parecido a una llave mirando hacia la izquierda. Se encontraba a la derecha de donde yo estaba, con varias baldosas entre medias. Tendría que saltar midiendo muy bien. No quería ni pensar en lo que sucedería si me pasaba en el salto.

Me concentré y calculé la distancia para no quedarme corta ni pasarme.

Tomé impulso y salté.

Aterricé en el mismo centro de la baldosa, pero al caer uno de mis pies se apoyó en la de al lado.



Dejé de sentir el suelo bajo ese pie y me costó recuperar el equilibrio. Cuando lo hice, miré tras de mí. Allí ya no había nada. Tan sólo un agujero donde había estado la losa. Por debajo se extendía un abismo oscuro y profundo.

Volví a fijar la vista en las piedras que tenía por delante,

buscando otro símbolo que reconociese… Si no recordaba mal, el siguiente era un pequeño rectángulo o dos líneas paralelas inclinadas. En la hilera no había ninguno de los dos, así que pasé a la siguiente fila de losas.

¡Ahí estaba! ¡El rectángulo!

Salté deseando no equivocarme.

Esta vez mis pies cayeron ambos en la losa, que sostuvo mi peso sin desprenderse. ¡Era la correcta!

La siguiente eran las dos líneas paralelas inclinadas… Pero no recordaba si a la derecha o a la izquierda… Y en las dos filas siguientes de losas, estaban ambas, en una inclinadas a la derecha y en la siguiente a la izquierda.

Sabía lo que pasaría si me equivocaba.

Caería al vacío y adiós a la misión.

Y adiós a Amanda, claro.

Toda la responsabilidad recaería sobre Eric.

Mis ojos oscilaban de una a otra losa, intentando recordar si la inclinación era hacia un lado o hacia el otro.

Entonces recordé algo. Era un tiro al aire, no sabía si serviría. Durante la fiesta del despertar, yo le había hecho una fotografía a la estatua del dios Hapi, y en la base de madera había algo escrito que no había llegado a ver.

Me quité la mochila y busqué el móvil en su interior, desbloqueé la pantalla y abrí la fotografía.

Necesité ampliarla para poder ver lo que buscaba.

No pude reprimir un grito de triunfo cuando, al ampliar, vi el nombre de Hapi escrito en la base de la estatua. Las líneas paralelas estaban inclinadas hacia la izquierda.

Guardé el móvil y salté a la baldosa correspondiente.

Sólo me faltaba un símbolo: un rectángulo alargado con los lados más pequeños cóncavos.

Me fijé en lo que tenía frente a mí.

Algo no cuadraba.

Con un salto más no llegaría al otro extremo.

Faltaba otro jeroglífico, pero no sabía cuál podría ser.

Busqué el rectángulo y, cuando lo localicé, salté en su dirección.

La baldosa no se movió.

Miré a mi alrededor, confusa. Todavía faltaban unos metros para alcanzar la seguridad de las piedras lisas, pero yo ya no sabía qué baldosa elegir. Volví a sacar el móvil para mirar la fotografía.

Nada.

Aquel rectángulo era el último jeroglífico en la base de la estatua. La tía Paula ya nos había dicho que existían varias maneras de escribir «Hapi», pero yo sólo conocía una.

No tenía ni idea de cómo continuar.

18

Estudié mis opciones, que eran pocas. Más bien, era una: saltar a cualquier baldosa rogando en silencio que fuese la correcta.

Como plan le veía fallos, pero tampoco podía hacer mucho más si no quería darme media vuelta y volver por donde había venido… Y eso, sin ninguna duda, quedaba descartado.

Un sudor viscoso, mezclado con el limo que antes me había salpicado el rostro, resbalaba por mi frente. Mi respiración se aceleró, tenía las palmas de las manos frías y el corazón me latía de manera frenética.

Tenía miedo.

Sabía lo que tenía que hacer, pero no me atrevía.

Me obligué a tranquilizarme. Ralenticé el ritmo de mi respiración y me enjugué el sudor de la frente con la manga del mono. Tras unos minutos me sentí algo mejor.

Me preparé para el salto.

Elegí para ello la baldosa que quedaba justo frente a mí.

Estaba a punto de saltar cuando me detuve.

Había tenido otra idea.

Lo estaba enfocando mal.

Si saltaba y me equivocaba, no podría corregir la trayectoria a tiempo y caería a las profundidades de aquel abismo.

Lo que tenía que hacer era correr en línea recta con la suficiente velocidad, así, aunque la baldosa cediese, yo ya estaría en la siguiente.

Cogí el móvil, el mechero y la linterna y los guardé en mis

bolsillos dejando la mochila sobre la losa en la que me encontraba. Cuanto más ligera fuese, mejor.

Me preparé para el *sprint* y eché a correr sin mirar atrás.

Notaba cómo las losas se desprendían a mi paso cayendo al vacío, pero no me detuve, no miré atrás, sólo avanzaba y avanzaba.

Me llevó apenas unos segundos llegar a la seguridad del suelo de piedra de la caverna, pero lo sentí como si fuesen horas. Cuando lo alcancé, tras apenas dos o tres zancadas a toda velocidad, me lancé en plancha a él.

¡Lo había conseguido!

Todavía con la tripa en el suelo, giré sobre mí misma y miré a mi espalda.

Habían caído las tres baldosas que había pisado.

Me arrastré de espaldas para separarme del abismo.

No podía detenerme, tenía que continuar avanzando. Me levanté del suelo y con una última mirada de despedida a mi mochila, di media vuelta para ir a la siguiente sala.

Entonces lo vi.

Junto a la entrada del pasadizo que me llevaría a la siguiente trampa, estaba el nombre de Hapi, sólo que esta vez, además de los jeroglíficos que yo ya conocía, había dos más: el símbolo del agua y un hombre sentado mirando hacia la izquierda.

Ésas eran las dos baldosas que me habían faltado.

Ya podrían haberlo puesto al inicio de la trampa, pero claro, entonces habría perdido mucho como trampa mortal.

Le envié un mensaje a Eric con la resolución.

Con un resoplido de fastidio, encendí la linterna y atravesé el umbral que me llevaría hasta la siguiente sala. Esperaba un pasadizo, como las veces anteriores; sin embargo, al otro lado de la puerta encontré una estancia de paredes desnudas excavada en la piedra. A un par de metros reposaba la estatua de Hapi sobre un pedestal también tallado en la misma roca.

Avancé un par de pasos con cautela, esperando alguna trampa más.

No sucedió nada.

Me aproximé a los muros y encendí las antorchas para ver mejor.

Nada indicaba que allí hubiese nada más que la estatua.

Me acerqué a ella y la miré buscando en el pedestal algún resorte que pudiese saltar cuando la levantase. Parecía roca tallada directamente en la pared de piedra de la cueva, pero nada más.

Me encogí de hombros, apoyé las manos en torno a la estatua y la alcé de su pedestal.

La estancia comenzó a temblar en cuanto lo hice.

Eché a correr en dirección a la puerta por la que había entrado, todavía con la estatua de Hapi en los brazos, pero una piedra la bloqueó antes de que pudiese alcanzarla.

Vale, había caído en la última trampa.

19

Esperé en el centro de la estancia deseando que mi muerte fuese rápida.

El pedestal que había sostenido la estatua comenzó a deslizarse hacia atrás para, a continuación, desaparecer tras el muro de roca, descubriendo así un pasadizo estrecho y bajo.

Metí la estatua en mi mono cerrando la cremallera del pecho para no perderla y me introduje en el pasadizo a gatas, rogando en silencio que no hubiese arañas.

No me llevó mucho llegar hasta una escalerilla, subí por ella. Al final había una trampilla. Empujé sin demasiado éxito; no había quién abriese eso, llevaba milenios cerrada.

Continué empujando, casi al límite de mis fuerzas, cuando alguien, al otro lado, la abrió.

Unos brazos me ayudaron a salir y me encontré a Eric con Anubis dando saltos a su espalda.

No me había dado cuenta, pero todas las salas estaban situadas de modo que la última se encontraba casi debajo de la entrada del templo.

—¿Amanda? ¿Estás bien? —preguntó Eric—. ¿Qué ha pasado? ¿Estás herida?

—No… No… No te preocupes, estoy bien… Tengo la estatua —dije con voz débil, tendiéndosela.

Eric me dio agua y una barrita energética. Llevaba horas sin comer y sin beber.

—Apestas —comentó mi amigo arrugando la nariz.

—Hombre, gracias, esto no ha sido un paseo por el parque precisamente —repliqué, pero no pude evitar reírme—. Es por la segunda prueba, la de la piscina de barro. No sabes cómo olía aquello…

—Lo importante es que estás bien y has recuperado la estatua. —Eric me abrazó todavía arrugando la nariz por la peste que emanaba de mi ropa. Su voz transparentó el alivio que sentía al saber que no iba a morir por culpa de un dios antiguo—. Descansa un rato, cómete la barrita y después regresemos a El Cairo.

Anubis salió del templo y lo seguimos. Nos sentamos los tres a descansar junto a la laguna que ocupaba todo el centro del oasis. Yo aproveché para lavar el mono, intentando quitarle la peste a limo. Cuando acabé, vi a Anubis junto a un halcón. El ave alzó el vuelo poco después y Anubis se acercó a mí con su cara de perro exhibiendo un gesto satisfecho.

—¿Qué era eso? —pregunté.

—Ése, no eso. Era un halcón… —explicó el perro—. O, más bien, era Horus… Otro dios, lo he puesto al corriente de todo y le he pedido que informe al resto para que nos echen una mano. Necesitamos llegar a El Cairo cuanto antes.

Comenzaba a amanecer cuando nos pusimos en marcha. La estatua estaba a buen recaudo dentro de la mochila de Eric. Perderíamos los camellos en algo más de una hora, así que pretendíamos estar lo más cerca posible del Nilo cuando llegase ese momento.

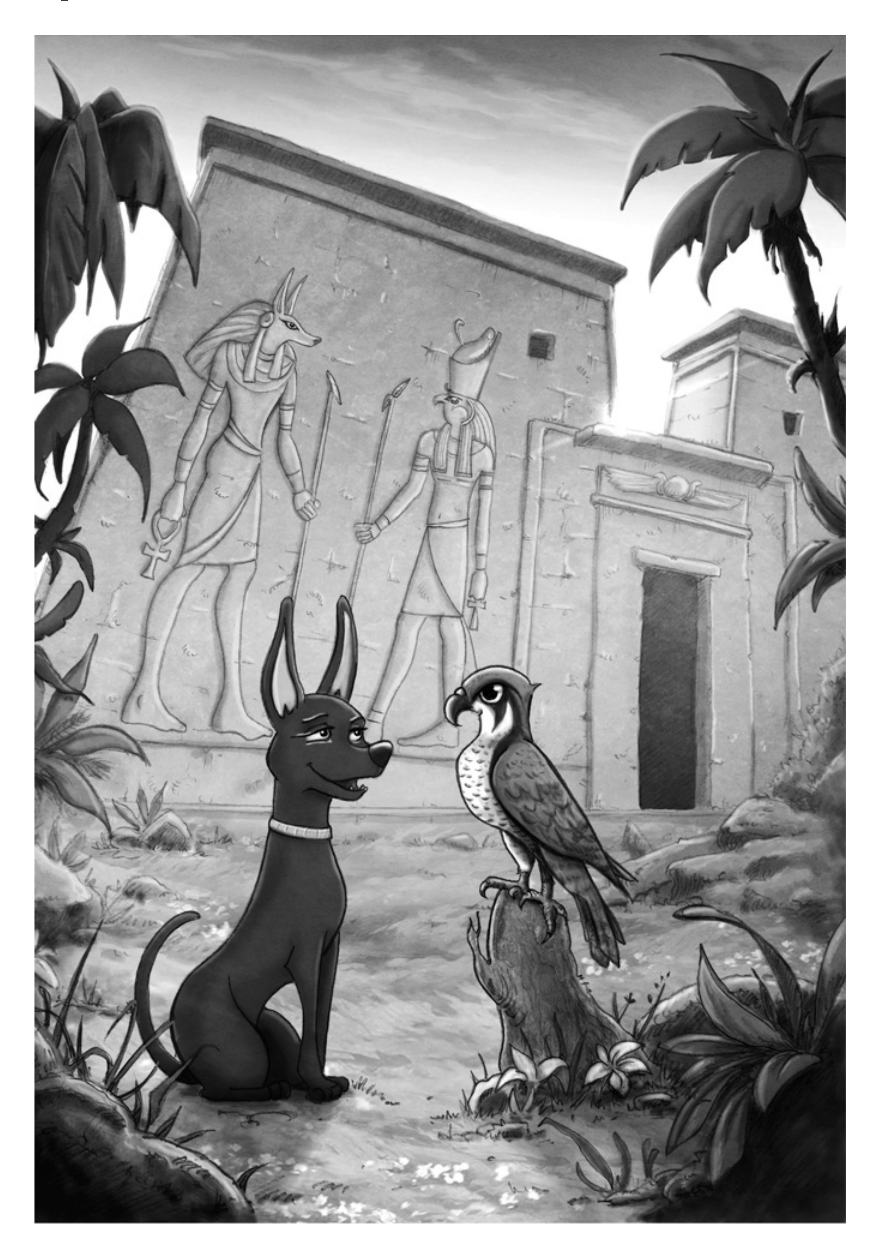
Cabalgamos hasta que Eric dio el alto. Descendió del animal y me ayudó a hacer lo mismo.

—No queda mucho —dijo en un susurro triste—. Sólo espero que no sufran.

—No lo harán —replicó Anubis—. Hapi no es cruel sin necesidad.

Poco después, los dromedarios se tumbaron en el suelo, posaron la cabeza sobre las arenas y cerraron los ojos. Poco a poco la respiración de ambos animales se fue tornando más leve hasta que,

de repente, se detuvo.



Fue como si se quedasen dormidos, sólo que ya nunca despertarían.

Nos despedimos de ellos con una mirada apenada y una última

caricia en sus cabezas y continuamos nuestro camino, cabizbajos.

—A pesar de haber enviado dos plagas juntas, el tiempo entre una y otra no ha aumentado… —comentó Eric preocupado—. No lo entiendo.

—Las maldiciones egipcias no son una ciencia exacta, Eric —contesté sin dejar de caminar.

—Ya, pero si decide mandar otras dos a la vez, no tendremos tiempo de regresar a El Cairo con la estatua…

—Llegaremos al río en unas cinco o seis horas —interrumpió el perro, que caminaba a mi lado. Intentaba desviar la atención de mi amigo—. Tendremos que ascender por la orilla hasta la ciudad más próxima, donde podremos coger un barco hasta El Cairo.

Yo llevaba el cansancio como una manta sobre los hombros, pero estábamos tan cerca de conseguirlo que no podía rendirme. Tenía que continuar caminando.

Un paso y otro y otro sobre aquellas abrasadoras dunas.

Por fin vimos el río a lo lejos. Un último esfuerzo y lo alcanzaríamos. Saber que desde allí nuestro viaje sería mucho más sencillo me animó lo suficiente para continuar andando bajo el sol, que ya lucía alto arrojándonos todo su calor encima.

Llegamos al río casi a la vez que la siguiente plaga.

Si mis cálculos no fallaban, tocaban las úlceras.

—¿Qué podemos esperar de esto? —preguntó Eric—. ¿Vamos a llenarnos de heridas?

—No si os metéis ahora mismo en las aguas del Nilo —replicó Anubis metiéndose en el río.

Eric y yo lo miramos extrañados.

—¡Rápido! ¡Meteos ya! —nos apremió el perro.

Obedecimos sin entender muy bien qué estábamos haciendo.

—¡Sumergíos! ¡Ahora!

Cortamos la superficie de aquellas aguas turbias con nuestras cabezas y volvimos a salir. Ambos miramos de nuevo al perro esperando una explicación. Anubis nos miró, se acercó y nos olisqueó. Pareció quedar satisfecho con el resultado.

—Las úlceras se curan con el agua del Nilo —explicó, por fin—. Hapi te da las heridas, Hapi te las quita… Hapi es la encarnación de la crecida del Nilo. Lo malo es que, como te quite la vida, ésa no te la devuelve el río.

—Qué fuerte —dijo Eric—. Ese tipo está completamente chalado… Cuando hables con él, díselo de mi parte.

—Pero ¿no cogeremos alguna infección con estas aguas? No se ven muy limpias —pregunté saliendo del agua.

—No, no te preocupes. Se ven verdosas, pero son seguras —confirmó Anubis chapoteando todavía en el río.

Descansamos un rato junto a la orilla mientras nuestras ropas se secaban, bebimos y comimos algo. No nos quedaban apenas comida ni agua, ya que yo había perdido mi mochila en el templo, así que habíamos comenzado a racionar lo que le quedaba a Eric.

Habíamos gastado la mayor parte del día en el desierto y llevábamos mucho sin dormir, pero no podíamos detenernos. Todavía nos quedaba un largo viaje hasta El Cairo y, si bien parecía que lograríamos alcanzar nuestro destino antes de que se cumpliese el plazo, cualquier contratiempo nos pondría en grave peligro de muerte a Eric y a mí… Y a muchos otros primogénitos. Y eso no había Nilo que lo cambiase.

Empezamos a recoger el improvisado campamento que habíamos montado al alcanzar el río.

Fue en ese momento cuando comenzaron a torcerse las cosas.

20

—¿Quiénes son ésos? —preguntó Eric llevándose una mano a los ojos para impedir que el sol lo deslumbrase.

Miré en la dirección que indicaba mi amigo y me quedé petrificada.

Tres todoterrenos se recortaban en el horizonte.

Los automóviles pararon al vernos y de ellos descendieron varios hombres.

Todos altos, todos con pinta de matones.

Bajo sus trajes podían adivinarse montañas de músculos.

Todos con gafas de sol y trajes oscuros.

Todos armados.

Pocos segundos después bajó otro hombre de uno de los vehículos, reconocí un sombrero Panamá que sólo podía pertenecer a Belloq, el arqueólogo corrupto. Y, si mis dotes de deducción no fallaban, quienes lo acompañaban eran los hombres con los que se había marchado de la excavación… O unos muy parecidos.

El arqueólogo señaló en nuestra dirección y cruzó unas palabras con los otros tipos que no llegamos a escuchar debido a la distancia que nos separaba. Regresaron a los todoterrenos, los pusieron en marcha y condujeron en dirección a donde nos encontrábamos.

¿Qué querrían? ¿Cómo nos habían encontrado?

Huir era absurdo, íbamos a pie. Ellos tenían toda la ventaja, así que hicimos lo único que podíamos hacer: esperar a que llegasen.

—Eric, por nada del mundo les des esa mochila —susurré cuando los coches frenaron frente a nosotros.

—No lo haré.

—Cuando yo os diga, corred.

Eric y Anubis asintieron en silencio, ambos con el gesto serio y el ceño fruncido.

Una leve sonrisa se escapó de mis labios al ver al animal. No sabía que los perros podían fruncir el ceño.

Los seis hombres se apearon de los coches y se aproximaron con lentitud, apuntándonos con sus revólveres.

—Bajad las armas —ordenó Belloq. Tenía un fuerte acento francés que convertía las erres en sonidos guturales y arrastrados—. Son sólo niños. —A continuación, se dirigió a nosotros—. Así que vosotros sois los que habéis saqueado el templo de Hapi, ¿no? ¿Cómo supisteis cuál era el correcto? ¿Casualidad? Hemos pasado toda la noche sorteando trampas, hemos perdido a varios de nuestros hombres… Y ¿para qué? Para nada. En ese templo sólo había eso: trampas… Y aquí estáis vosotros. Dos niños y un perro han logrado sin equipo lo que un grupo de adultos entrenados no hemos podido conseguir con las mejores herramientas.

—A veces es una cuestión de habilidad e inteligencia… No parece que sus hombres vayan sobrados de ninguna de las dos —repliqué.

—Vaya, la pequeña tiene dientes —murmuró Belloq divertido.

—¡Ahora! ¡Corred! —grité abalanzándome sobre él.

Eric y Anubis echaron a correr, alejándose de aquellos tipos mientras yo peleaba intentando ganar el máximo tiempo posible para que ellos pudiesen huir.

La verdad es que no pude ganar mucho tiempo, estaba extenuada. Habían pasado muchas horas, demasiadas, desde que abandonamos El Cairo. Mucho tiempo sin dormir, sin apenas comer o beber y abrasándonos al sol del Sáhara… La pelea estaba perdida desde antes de empezarla siquiera.

Me inmovilizaron entre varios de aquellos hombres, me ataron las manos a la espalda y los pies y me arrojaron en el maletero de uno de los todoterrenos.

No tenían prisa por atrapar a Eric y a Anubis. Sabían que a pie no llegarían muy lejos.

Cuando estuve en el maletero, Belloq me registró.

—Imaginaba que tú no tenías la estatua, pero había que intentarlo… La tiene tu amiguito en la mochila, ¿verdad?

—¿Para qué la quiere? ¡Ya tiene una! Permítanos detener las plagas.

—No entiendo que os hayáis hecho con la segunda estatua si ni siquiera sabéis para qué sirve… —rio el arqueólogo—. La segunda estatua nos permitirá desatar las plagas cuando queramos, seremos la nación más poderosa del mundo.

Aquella información era nueva para mí. Me dejó muda.

Anubis no nos había dicho nada de eso. ¡Y aquellas estatuas ni siquiera figuraban en el manifiesto de los Black! ¿Cómo se nos podían haber pasado por alto unos artefactos tan peligrosos?

Eso lo cambiaba todo. No podíamos perder la figura que llevaba Eric, de hecho, teníamos que ponerla a buen recaudo en la Galería de los Secretos para que nadie pudiese nunca juntar ambas estatuas.

—Y ahora, querida, vamos a por tu amiguito —zanjó Belloq cerrando el maletero de un portazo.

Durante el breve trayecto —alcanzaron enseguida a Eric y a Anubis—, forcejeé con las cuerdas, pero habían sido atadas a conciencia. No podía aflojarlas. Mis dos amigos estaban solos. Sólo esperaba que Eric no entregase aquella mochila con facilidad.

Me sacaron del maletero en volandas, todavía atada de pies y manos.

Vi a Eric y a Anubis junto a la orilla del Nilo, de espaldas a nosotros. Mi amigo alzaba las manos por encima de su cabeza en gesto de rendición. Con una de ellas sujetaba la mochila por las correas.

Frente a ellos, en el río, un hombre en una lancha les apuntaba con un arma.

—Chico, danos la estatua y soltaremos a tu amiga —gritó Belloq desde nuestra posición—. De lo contrario, la tiraremos al río.

Eric volvió la cabeza para mirarnos por encima del hombro.

—¡Por nada del mundo! —grité con todas mis fuerzas—. ¡Pase lo que pase, no lo hagas!

Mi amigo pareció dudar. Algunos de los hombres que iban con Belloq comenzaron a aproximarse a él. El arqueólogo hizo un gesto al hombre que cargaba conmigo y éste me tiró al suelo, se hizo con una piedra casi tan grande como yo misma y comenzó a atármela a los pies.

—Chaval, decídete, el tiempo se te acaba —volvió a decir Belloq.

Eric volvió a enfrentarse al Nilo. Echó el brazo que cargaba con la mochila hacia atrás y, con un arco perfecto, lanzó la mochila por encima de la lancha. Cayó en las aguas con un chapoteo y comenzó a hundirse.

—¡Tirad a la niña! —chilló Belloq—. ¡Tiradla! ¡Y tú! —ordenó a uno de los hombres—. ¡Ve a por esa mochila!

El hombre al que le había ordenado meterse en el agua pareció pensárselo dos veces. Incluso dio un par de pasos hacia atrás, alejándose del río, en dirección al pobre refugio que ofrecían los todoterrenos.

El que me llevaba a mí no dudó tanto.

De hecho, no dudó nada.

Se acercó a la orilla a la vez que la lancha se aproximaba hacia ese mismo punto. Me arrojó al suelo de la embarcación y saltó al interior con una agilidad que contrastaba con su gran tamaño. El piloto se alejó de la seguridad de la tierra firme para dirigirse al centro del río. Dibujó unas cuantas eses con el volante eligiendo un lugar que quedase a la misma distancia de ambas orillas.

Cuando el piloto detuvo el motor, la lancha se encontraba en el centro del cauce, meciéndose con suavidad gracias a las olas que la estela de espuma blanquecina había formado.

El matón me alzó y me tiró por encima de la borda sin pensárselo siquiera.

El peso de la piedra me arrastró al fondo del río.

21

Pensé que nunca había estado en una situación peor… Y había estado en algunas bastante complicadas, como aquella vez que me caí desde una altura de cuatrocientos setenta y siete metros, o cuando tuve que saltar a un tren en marcha… También me vino a la cabeza la ocasión en que tuve que salir por pies de un templo que se derrumbaba a mi paso o cuando estuve colgada de un precipicio, entre otras.

Muchas otras.

Ninguna como aquélla.

La piedra era un peso muerto que tiraba de mí sin que yo pudiese hacer nada por evitarlo. Podría haberme mantenido a flote aun con las manos y los pies atados, pero aquella roca había eliminado toda posibilidad de salvación. Alguien tendría que sacarme de aquel lío.

Me estaba ahogando.

Miré a mi alrededor intentando encontrar algo con lo que poder ayudarme para cortar las cuerdas. Lo único que vi fue un cocodrilo inmenso y de piel rugosa como la corteza de un árbol que se aproximaba a mí a una velocidad preocupante. Sus fauces abiertas me permitían verle todos los dientes, puntiagudos, triangulares e irregulares. Y muy grandes. Esos colmillos ocupaban todo mi campo de visión… Eso, o yo no podía separar los ojos de ellos, que también era posible.

El tiempo se me acababa.

No entendía cómo había llegado hasta allí, se suponía que

veníamos a Egipto a una fiesta… El despertar del Nilo… Un compromiso de la tía Paula, quien pensó que sería divertido que viniésemos todos y nos tomásemos unos días de descanso.

Descansar iba a descansar en breve, en cuanto se me agotase el aire que había conseguido retener en los pulmones antes de zambullirme con un chapoteo en las aguas de uno de los ríos más largos del mundo. Un leve chapoteo que, con mi tamaño, era lo máximo a lo que podía aspirar. No creo ni que llegase a salpicar al matón que me había tirado desde la lancha.

Sí, descansar iba a descansar, pero para siempre.

Mi único consuelo era que iba a morir en el país que vio nacer a mis ancestros, donde todo empezó… El lugar de procedencia de los Black… Si es que eso era algún tipo de consuelo.

La verdad era que prefería no morir, pero siendo quien era y haciendo lo que hacía, una muerte prematura nunca había estado fuera de la ecuación.

Forcejeé de nuevo con las cuerdas que atenazaban mis brazos y piernas. Eran lo bastante gruesas para evitar que alguien como yo, con todos mis poderes Black, las rompiese.

Sentí que ya no podía retener durante más tiempo el aire en los pulmones.

Burbujas suaves, esferas perfectas y brillantes como pompas de jabón, escaparon de entre mis labios. Seguí con la mirada su ascenso hasta la superficie, hacia el oxígeno, hacia la salvación. Me habría encantado acompañarlas, pero mis ataduras —y la piedra, claro— me lo impidieron.

O alguien me salvaba o ésos serían mis últimos instantes de vida.

Volví a mirar a mi alrededor, el cocodrilo estaba junto a mí. Sus dientes listos para clavarse en mi carne. Tras él había varios cocodrilos más. Si no me devoraba éste, lo haría cualquiera de los otros.

El saurio me rodeó, imaginé que buscando un ángulo más cómodo para engullirme; los que lo seguían ascendieron hacia la

superficie, pero no pude ver mucho más porque el agua estaba muy turbia.

Lo último que sentí antes de desmayarme fueron sus dientes en torno a mi cuerpo.

22

—Amanda, Amanda, despierta. —Eric me daba palmaditas en la cara. Sentí algo húmedo en la mejilla y un suave gimoteo perruno —. Amanda, por favor, no te mueras.

—Amanda, estás bien, tienes que estarlo —dijo, junto a mí, otra voz muy ronca que no reconocí—. No te preocupes, ya está todo bien, despierta, niña.

—Dejad que descanse un poco más. —Esa voz sí que la reconocí. Era Anubis—. Lo ha pasado muy mal…, casi se ahoga. Si no llega a ser por vosotros, no lo cuenta.

Terminó la frase dándome un lametón en la mejilla. Así que era eso lo que había sentido antes… Un lametón de Anubis. Empezaba a pensar que le gustaba más ser un perro que un dios antiguo.

—Pero deja de chuparle la cara —le regañó Eric.

—Lo siento, no puedo, soy un perro y estoy preocupado —se defendió el dios—. Amanda es muy joven… No quiero que le pase nada.

—¡Mirad, ya vuelve en sí! —De nuevo la voz que no conocía. Sonaba muy cerca de mí.

Abrí los ojos despacio, pestañeando para que el sol no me acuchillase las pupilas con su brillo.

Lo primero que vi fueron las fauces del cocodrilo sobre mí.

—¡¡¡AAAAAAH!!! —grité arrastrándome hacia atrás.

—No, no te preocupes, está bien —dijo Eric persiguiéndome en mi ridícula huida—. No va a hacerte daño… Te ha salvado. Ha sido él quien te ha sacado del agua.

Me alcé apoyándome en los codos y clavé la mirada en el cocodrilo. Él levantó un poco una de las patas delanteras y la agitó.

—Hola, ¿cómo te encuentras? —dijo con timidez—. Cuando te saqué, pensé que había llegado demasiado tarde…

—¿Tú quién eres? —pregunté intentando controlar el miedo que sentía—. ¿Y por qué no me has comido?

—Soy Sobek… Ya sabes, el dios de la fertilidad, la vegetación, la vida y esas cosas…

—¿Y qué haces aquí? —continué con mi interrogatorio. Estaba más tranquila, ahora que sabía que no me iba a comer.

—Horus nos avisó de que veníais en esta dirección… Nos acercamos para ayudaros.

—Y menos mal que lo hicisteis… —añadió Anubis—. De no ser por vosotros…

—¿Dónde está Belloq? ¿Y los otros? —interrumpí acordándome del arqueólogo—. ¿Y la estatua?

—No te preocupes, tenemos la estatua… —dijo Eric enseñándome su mochila. Debían de haberla rescatado del fondo del río mientras yo había estado desmayada.

—¿Qué hora es? —volví a preguntar. No sabía cuánto tiempo había estado sin sentido. Debía de faltar muy poco para la hora de la siguiente plaga: el fuego y el granizo.

—Hora de que nos metamos en el agua para la siguiente plaga —dijo Sobek—. Nosotros os protegeremos.

—Belloq y los otros huyeron —informó Eric mientras caminábamos hacia el agua—. Los cocodrilos los atacaron mientras Sobek te rescataba. Incluso se hicieron con la lancha, echaron a los hombres que la ocupaban. Podemos subir por el río en ella… Vamos a llegar muy justos, pero si no hay más contratiempos, creo que llegaremos.

—Pero podemos perder la lancha con el fuego y el granizo.

—No si nos damos prisa —interrumpió Sobek—. Subid a nuestros lomos… Anubis, tú también.

Un séquito de unos doce cocodrilos salió del río. Nos subimos a

ellos y nos acercaron a la lancha. Nos metimos de un salto en ella.

—¡En marcha! ¡Seguidnos! —Sobek encabezaba la extraña comitiva.

Subimos por el río durante varios kilómetros hasta que el cocodrilo nos pidió que parásemos. Cerca de la orilla había un antiguo templo.

—Atad la lancha a nuestros cuerpos —ordenó el cocodrilo—. Con tres de nosotros bastará.

Entre Eric y yo conseguimos atar la lancha al dios Sobek y a otros dos cocodrilos que se acercaron a la proa.

Miré el reloj. Según los cálculos de Eric, apenas quedaba un minuto para la plaga.

Nos remolcaron hasta la orilla.

Cuando bajamos de la lancha, el cielo se oscureció como si alguien hubiese apagado la luz del sol.

Comenzaron a caer rayos a nuestro alrededor.

—¡Rápido, todos al templo! —gritó Sobek haciéndose oír por encima de los truenos que acompañaban a los relámpagos.

Nos guarecimos en el templo, quedando atrás los tres cocodrilos que, atados a la embarcación, intentaban arrastrarla hasta la seguridad de las piedras del viejo templo.

—¡Tenemos que ayudarlos! —grité echando a correr en dirección a ellos. Me situé detrás de la motora y comencé a empujar.

Granizos del tamaño de pelotas de *ping-pong* caían a mi alrededor al tiempo que los relámpagos iluminaban el cielo. Me protegí la cabeza con las manos y continué empujando con el cuerpo.

—¡Estás loca! —dijo Eric situándose junto a mí y empujando con todas sus fuerzas.

Uno de los rayos cayó muy cerca de nosotros, lo que provocó que empujásemos la lancha con muchas más ganas. El resto de los cocodrilos se unieron a la tarea y, en unos segundos más,

conseguimos ponernos todos a cubierto en el templo. Lancha incluida. No podíamos permitirnos perderla o no llegaríamos a tiempo a El Cairo para celebrar el ritual.

La tormenta de rayos y granizo continuó durante un buen rato.



—¿Y el fuego? —preguntó Eric mirando al cielo desde la entrada del edificio—. Esto no es más que una tormenta normal y corriente.

—Los rayos —explicó Anubis—. Se supone que los rayos son el fuego.

—¿En serio? Me esperaba algo más… —dudó buscando la palabra—. ¿Apocalíptico?

—Bueno, para plaga apocalíptica ya tienes la de la muerte de los primogénitos —comentó Sobek mirando a mi amigo con gesto divertido—. Si eso te parece poco…

—Tocado y hundido —replicó Eric con voz sombría.

—Venga, en marcha, ya se está alejando la tormenta. —Sobek se dirigió a la entrada del templo. La lancha, todavía atada a su cuerpo, traqueteó sobre las piedras de regreso al río.

El sol comenzó a salir entre las nubes, primero con timidez, luego con mucha más seguridad, clavándose en nuestras cabezas sin piedad.

Metimos la lancha en el agua. Esta vez nos costó muchísimo menos, tal vez porque no caían rayos a nuestro alrededor y el granizo no nos golpeaba sin piedad.

Sobre las cuatro de la mañana tendría lugar la siguiente plaga: las langostas y los saltamontes. Nos pillaría navegando hacia El Cairo y, si queríamos llegar a tiempo, tendríamos que aguantarla sin parar.

—Os escoltaremos hasta la ciudad —dijo Sobek—. Aunque no nos veáis, estaremos cerca. No nos fiamos de los tipos esos que os atacaron. Si os están esperando río arriba, nos necesitaréis.

—Gracias, Sobek —dije posando mi mano en su enorme cabeza —. Y gracias también por lo de antes… Por salvarme la vida.

El cocodrilo me guiñó un ojo y se sumergió. Su séquito lo imitó.

—¡Rumbo a la ciudad! —exclamó Anubis con la lengua fuera. Era la viva imagen de la felicidad—. ¡Nunca había montado en lancha!

—¡Es lo mejor del mundo! —reí.

Arranqué la motora y la puse a toda velocidad.

No era tan potente como la que guardábamos en el taller de la Mansión Black, pero tendría que servir.

Cada vez faltaba menos y nos encontrábamos a mucha distancia de la ciudad de las pirámides. No podíamos permitirnos ningún retraso o no llegaríamos a tiempo.

—Llama a la tía Paula y a Benson —le pedí a Eric—. Cuéntales todo lo sucedido… Y envíales nuestra localización en tiempo real. Sobek tiene razón, no sabemos si Belloq y sus hombres nos han tendido una trampa más adelante. Tenemos que estar preparados para lo peor.

La noche cayó sobre nosotros casi sin que nos diésemos cuenta.

23

Poco después tuvimos que parar para echar gasolina a la lancha. Por suerte, bajo uno de los asientos encontramos varias garrafas de combustible, aun así, no sería bastante para llegar a El Cairo… Y menos a la velocidad a la que íbamos. Calculaba que nos quedaríamos secos a unos cien kilómetros de la ciudad, pero en ese momento no podía pararme a pensar en aquel problema, esperaba que lo solucionase mi yo del futuro.

Avanzábamos esquivando barcos de recreo en cuyo interior cientos de turistas descansaban de un duro día de excursiones y visitas. El río Nilo tenía superpoblación de aquellos barcos y no resultaba fácil escurrirse entre ellos en la oscuridad.

Me vi obligada a reducir la velocidad, tanto que hubiésemos avanzado más rápido andando, pero no era una opción. Pude hablar con Eric y con Anubis acerca de lo que me había dicho Belloq sobre las estatuas. El perro se mostró sorprendido. Desconocía que juntando ambas se pudiesen desatar las plagas a voluntad de alguien. Tendríamos que hablar con el doctor Hewiss cuando llegásemos a El Cairo. No podíamos entregarle la figura de Hapi que estaba en nuestro poder. Mi obligación era sacarla de la circulación. Tras el ritual, debería descansar en la Galería de los Secretos, por lo menos durante los siguientes doscientos años.

—Es casi la hora —dijo Eric cuando yo ya había perdido la noción del tiempo y mis ojos comenzaban a cerrarse debido al sueño. ¿Cuántas horas llevábamos sin dormir? Ni idea. Sólo sabía que eran muchas—. Creo que deberíamos parar, si no, podríamos

tener un accidente.

Íbamos muy retrasados respecto a lo que habíamos previsto. No habíamos contado con todos aquellos cruceros, pero mi amigo tenía razón. Las langostas y los saltamontes podrían cegarme y terminaríamos chocando contra uno de aquellos barcos.

Nos refugiamos en una curva del río y nos tumbamos los tres en el suelo de la pequeña embarcación.

—Sobre todo no abráis la boca —advirtió Anubis—. No queréis tragaros uno de esos bichos.

La plaga llegó y pasó dejándonos el suelo de la lancha lleno de saltamontes y langostas.

Me situé de nuevo tras el volante sintiendo el crujido que hacían mis botas al aplastar los insectos que habían quedado atrapados en el interior de la barca. Eric se entretuvo cogiendo los que podía y echándolos por la borda mientras Anubis se comía los que atrapaba.

—Pero ¿no decías que no queríamos tragarnos uno? —preguntó Eric divertido.

—Vosotros no, yo sí. Esto es proteína —replicó Anubis relamiéndose—. Como perro callejero que soy, nunca sé cuándo va a ser mi próxima comida.

No vimos a Sobek, pero sabíamos que no podía andar muy lejos.

Poco a poco, fue llegando el amanecer y la circulación con la lancha fue tornándose más sencilla. Pude aumentar la velocidad, pero, aun así, si llegábamos, lo haríamos por los pelos.

A eso de las diez de la mañana, tuvimos que parar de nuevo a repostar, pero esta vez lo hicimos en el puerto de una de las ciudades situadas a orillas del Nilo. No estábamos ya lejos de El Cairo. Por suerte, los cocodrilos habían rescatado la mochila de Eric y todavía teníamos parte de nuestro dinero en ella. De hecho, no habíamos gastado nada de lo que Benson nos había dado junto con los equipos. Sólo lo que nos había costado el taxi que nos había llevado a la excavación del arqueólogo.

Continuamos nuestro camino sintiéndonos mucho más optimistas, aun con la espada de Damocles que suponía la novena

plaga, las tinieblas, para la que ya no quedaba nada.

Aquel optimismo que nos embargaba no duró mucho.

Poco después, varias lanchas con hombres armados en ellas nos cortaron el paso.

Detuve nuestra embarcación a todavía bastante distancia de aquellos hombres, buscando con la mirada a mis compañeros de viaje.

—¿Qué hacemos? —pregunté por encima del hombro—. Sobek tiene que estar cerca, pero, aun así, esto no hace más que retrasarnos… Y están armados…

—Ve a la orilla —dijo Eric—. En la lancha somos como patos en una caseta de feria.

Tenía razón.

Como siempre.

Arranqué de nuevo la embarcación y enfilé hacia la orilla derecha.

Los hombres me imitaron, acercándose cada vez más a nosotros.

Retrocedí por el río, todavía acercándome a tierra firme; no obstante, no había mucho que pudiese hacer.

Iban a atraparnos.

Vi un muro de lo que parecían troncos aproximándose a toda velocidad a las lanchas.

Sobek y su séquito de cocodrilos.

Golpearon dos de las lanchas volcándolas y haciendo caer al agua a sus ocupantes, que nadaron aterrorizados hacia tierra firme, pero todavía quedaban otras dos.

En la orilla izquierda, vi a un grupo de personas haciéndonos señas.

—¡Eric! —exclamé—. ¿Quiénes son aquéllos?

Yo no podía quitar los ojos del agua, no quería chocarme contra nada.

Mi amigo entrecerró los ojos intentando enfocar al grupo.

—¡Es tu tía! ¡Gira! ¡Ve hacia ellos!

De un volantazo, cambié el curso y aceleré todo lo que pude en

dirección a la salvación.

Las dos lanchas intentaron cortarnos el paso. Las esquivé como pude.

Comenzaron a dispararnos.

—¡Agachaos!

Con nuestros perseguidores pisándonos los talones, llegamos a la orilla donde se encontraba mi tía. Pude ver que también estaba Benson, lord Thomsing, el doctor Hewiss y un nutrido grupo de policías.

¡Estábamos salvados!

Si conseguíamos salir de la lancha con vida, claro, porque las balas silbaban a nuestro alrededor.

—¡No disparen! —escuché que gritaba el doctor Hewiss—. Podrían herir a los niños.

Por fin detuve la lancha.

En ese instante, se hicieron las tinieblas.

La novena plaga nos había alcanzado.

24

—¡Salid! ¡Yo os sigo! —les ordené a Eric y a Anubis en la oscuridad.

El perro se puso a la espalda de Eric, cubriendo a mi amigo con su cuerpo. Los atacantes disparaban sin apuntar, ya que apenas se veía nada. El sol se había vuelto negro, engullendo toda la luz diurna.

En la orilla se encendieron los faros de los coches de la policía. Las lanchas de nuestros perseguidores respondieron con focos.

Vi que Benson se aproximaba a nuestra embarcación e intenté detenerlo.

—¡No! ¡Benson! ¡Quédate donde estás!

Por supuesto, no me hizo ni caso.

Me tiré al suelo de la lancha esperando mi momento para escapar de ella.

Benson saltó al interior, junto a mí, me cogió en volandas y echó a correr conmigo en brazos.

No llegamos muy lejos.

Sentí un impacto seco, dos, tres, y Benson y yo caímos al suelo.

La policía, por fin, respondió a los disparos de nuestros perseguidores.

Demasiado tarde.

—¡Benson! ¡Benson! —chillé junto al mayordomo. Había caído en la arena, boca abajo—. ¡Benson! ¡No! ¡Benson!

En su espalda había varios agujeros de bala.

La policía salió en persecución de las lanchas, si bien tampoco se

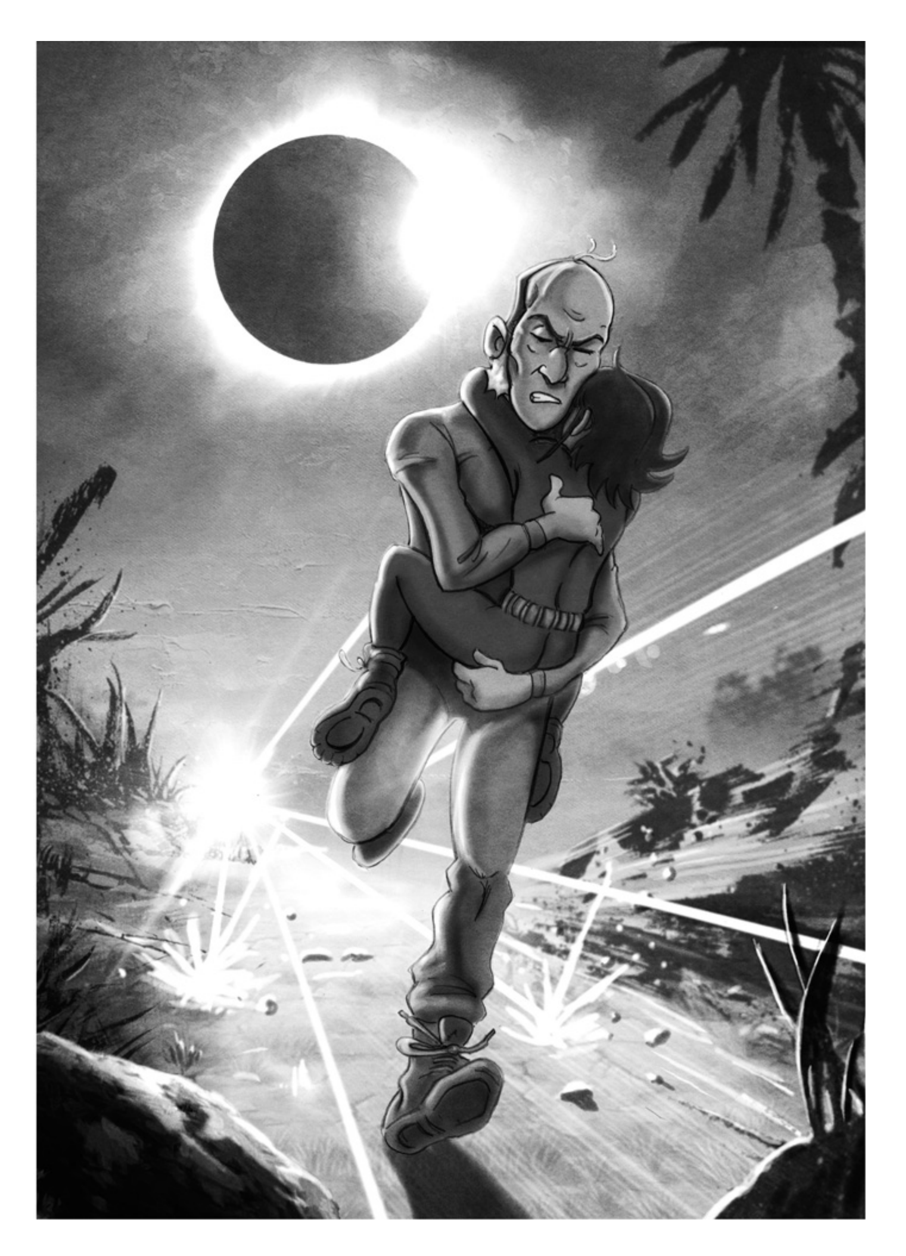
esforzaron mucho. Tenían sus propias barcas apostadas más arriba, en el río. Aquellos hombres no llegarían muy lejos, pero, en ese momento, todo eso no podía importarme menos.

Ante mí yacía Benson, mi guardián, mi amigo.

Muerto.

Había dado la vida por mí.

Yo lloraba sentada en el suelo con el rostro embadurnado de arena. Las lágrimas formaban surcos húmedos en mis mejillas. Sentí rabia, Benson había muerto por mi culpa. Deseé atrapar yo misma a aquellos hombres y hacerles pagar por lo que habían hecho, pensé que eso podría llenar el vacío que acababa de abrirse en mi pecho. Un grito desgarrador escaló por mi garganta, zarandeé a Benson, intentando hacerlo despertar. Tal vez sólo estuviese dormido… No funcionó.



Después, sólo deseé abrazar su cuerpo sin vida.

La tía Paula se acercó. Tras ella estaban el egiptólogo, lord Thomsing, Eric y Anubis, que se tumbó a mi lado y apoyó su cabeza en mi regazo. Gimoteaba con suavidad, en un vano intento por consolarme.

Me levanté del suelo sollozando y abracé a la tía Paula.

—¡Está muerto! —dije entre hipidos—. Está muerto por mi culpa.

—No, cariño… No. —Mi tía no sabía qué decirme para tranquilizarme.

Miré a Eric y vi lágrimas silenciosas escurriéndose entre sus pecas. Mudo a causa del dolor, incapaz de separar su mirada del cuerpo de Benson.

—¿Quién está muerto, señorita Amanda?

—¡Benson! —El mayordomo intentaba ponerse en pie. Me arrojé al suelo para impedírselo—. No, no, quieto… ¡Una ambulancia! ¡Necesitamos una ambulancia! —grité a la oscuridad—. ¡No estás muerto!

—Pues claro que no estoy muerto, señorita.

Mi tía se acercó y le tendió una mano.

—Muchas gracias, señora Paula.

Mi tía lo ayudó a levantarse y le dio un abrazo.

—No vuelvas a asustarnos así, Benson —le pidió con una sonrisa —. No sabes el disgusto que tenía Amanda.

—Pero… Pero… Las balas… —farfullé sin entender nada, limpiándome las lágrimas con la manga del mono—. He visto los agujeros… En la espalda.

—Oh, no se preocupe, señorita. Venía preparado. Llevo un chaleco antibalas bajo el traje.

En todas las películas, cuando alguien dice eso, enseña a la vez el dichoso chaleco.

Benson no lo hizo.

Las palabras de Anubis resonaron en mi cabeza: «Nuti, el guardián de los justos». El inmortal.

Tenía la pregunta bailando en mis labios, a punto de saltar desde la boca.

—¿Dónde está la estatua? ¿La habéis recuperado? —El doctor Hewiss no podría haber sido más inoportuno—. El tiempo se acaba, tenemos que llegar a El Cairo cuanto antes. Todavía no estáis

seguros.

Un policía se acercó a nosotros.

—Doctor Hewiss, mis hombres han atrapado a los ladrones a unos kilómetros de aquí. Tienen la estatua robada con ellos.

El egiptólogo nos miró y asintió en silencio.

—Que la lleven a El Cairo, nos encontraremos con ellos allí —replicó el doctor—. En los muelles hay preparado un barco. ¡Rápido!

Les dio las indicaciones pertinentes a los policías y, a continuación, se volvió hacia nosotros.

—Venga, todos a mi coche.

Subimos al automóvil del doctor Hewiss, un viejo Land Rover verde, con la tía Paula y lord Thomsing, y pusimos rumbo a El Cairo.

25

—Doctor Hewiss —llamó Eric desde el asiento de atrás. Estaba mucho más tranquilo ahora que tenía la seguridad de que llegaríamos a tiempo para celebrar el ritual. Anubis viajaba encajado entre la ventanilla trasera y yo. Eric estaba a mi lado y, junto a él, en la otra ventanilla, iba la tía Paula. Benson había sido trasladado a un hospital en ambulancia—. Tenemos que pedirle algo.

—Dime, chaval, lo que queráis después de lo que habéis hecho Amanda y tú —repuso el egiptólogo con una risotada.

—Tiene que cuidar de este perro, tiene que adoptarlo… Si él quiere, claro —finalizó mirando a Anubis.

Anubis ladró y se giró hacia Eric pisoteándome sin miramientos para lamerle la cara a mi amigo.

—Creo que quiere —comentó la tía Paula riéndose.

—Por supuesto que lo adoptaré. Tengo una casa con jardín, allí será feliz… Y me vendrá muy bien la compañía —accedió el doctor Hewiss—. Pero, decidme, ¿de dónde habéis sacado a ese chucho?

—Es una historia muy larga, demasiado. Sólo le puedo decir que nos ha ayudado mucho —explicó Eric—. Sin él no habríamos podido hacerlo.

—¿Qué vais a hacer con la segunda estatua? —preguntó el doctor a bocajarro.

—¿Sabía que la teníamos y no le dijo nada a la policía? —me sorprendí acercándome al asiento delantero—. ¿Por qué?

—Tu tía me lo contó todo, me ha mantenido al corriente de

cuanto os sucedía. Si no lo habéis dicho vosotros, será por algo.

Guardé silencio durante unos instantes, intentando ordenar mis ideas. Mi tía confiaba en aquel hombre, lo conocía desde siempre. Decidí que yo también podía hacerlo.

—Si se juntan las dos estatuas —comencé—, cualquiera puede desatar las plagas a voluntad. La guardaremos en la Galería de los Secretos. Pueden conservar la otra en el museo para los rituales.

No pensaba decirle que, en cuanto pudiésemos, Anubis hablaría con Hapi y lo convencería para acabar con lo de las plagas. Si los egipcios querían continuar celebrando el ritual del despertar del Nilo durante los siguientes cinco mil años, por mí, perfecto.

El doctor cabeceó, asintiendo.

—Que así sea —zanjó por fin—. Por mi parte, no les diré nada a las autoridades.

—Acelere, doctor —urgió lord Thomsing—, que no llegamos.

Continuamos el viaje en dirección a El Cairo en aquella oscuridad viscosa que había caído sobre nosotros. No hablamos mucho más durante el trayecto. Eric se durmió poco después y yo misma me quedé frita mucho antes de llegar a la ciudad.

Mi tía me despertó zarandeándome con suavidad por el hombro.

—Amanda, hemos llegado. Vamos, el tiempo se acaba.

Descendimos del automóvil bostezando y estirándonos, hasta Anubis se había quedado dormido apoyado en mí.

—¿Qué hora es? —preguntó Eric.

—Las seis y media de la tarde —contestó lord Thomsing. Apenas quedaban diez minutos para la siguiente plaga, la muerte de los primogénitos—. No falta mucho, démonos prisa.

Seguimos a los adultos por los muelles hasta un yate de recreo.

Subimos a él. Antes de ascender por la pasarela, vi a Sobek en las aguas y lo saludé con discreción.

En la proa del barco habían montado un altar. La estatua robada de Hapi se encontraba sobre un pedestal rodeado de flores y velas que rompían con sus llamas la negrura de aquella noche artificial.

—Necesitamos unos momentos a solas con él —le pedí al doctor

Hewiss señalando con la cabeza en dirección al dios de madera.

—De acuerdo —accedió—, pero nos quedan apenas cinco minutos para la siguiente plaga, sed breves. Tenemos que partir enseguida.

Nos aproximamos a la figura azul. Eric y yo nos paramos unos metros antes, dejando que Anubis hablase en privado con el dios. También el halcón, que, por lo visto, nos había seguido durante todo el viaje por carretera, descendió y acercó su cabeza a la de la estatua.

Poco después, ambos animales se separaron de ella. El ave alzó el vuelo, alejándose en las tinieblas, que poco a poco fueron abriendo paso a un sol que se despedía ya del día.

Lo habían conseguido. Habían convencido a Hapi de que dejase lo de las plagas.

Anubis se acercó a nosotros, nos agachamos y fingimos que lo acariciábamos.

—Lo ha entendido —dijo el perro—, ha levantado las plagas y nunca más volverán a caer sobre la Tierra. Aun así, dice que no puede controlarlas si alguien junta ambas estatuas, eso es una maldición que no tiene nada que ver con él. No sabe quién puede ser el culpable.

Eric apoyó la mochila en el suelo y le dio unas palmaditas.

—La segunda estatua estará segura en la Galería de los Secretos —afirmó con una sonrisa.

—¿Estáis preparados, chicos? —La tía Paula se había acercado a nosotros sin que la oyésemos.

—Sí, diles que podemos partir —contesté con una sonrisa de oreja a oreja, poniéndome en pie.

El doctor Hewiss se acercó al altar donde descansaba la estatua de Hapi y dijo unas palabras en un idioma que no entendimos.

El barco comenzó a alejarse del puerto.

Conoceríamos Egipto durante la procesión, Benson había llamado a la tía Paula y se uniría a nosotros al día siguiente. Cada día haríamos una escala y, mientras la gente le presentaba sus

respetos y regalos al dios Hapi, nosotros visitaríamos los templos que no habíamos podido ver durante nuestra aventura en el desierto. También descansaríamos y disfrutaríamos a bordo de aquel yate con el que el doctor Hewiss intentaba agradecernos que hubiésemos recuperado la estatua del dios del mal café, evitando así que las plagas cayesen sobre la Tierra. Además, el egiptólogo era el mejor guía que hubiésemos podido desear para descubrir las maravillas que escondía el país. Lo único que lamentaba era no haber podido visitar las pirámides. Podía verlas a lo lejos, entre los edificios de la ciudad, eternas, impasibles al paso del tiempo. Testigos mudos de la historia de un país.

Mientras el yate abandonaba el muelle, me acomodé en la barandilla para admirar por última vez El Cairo. El anochecer otorgaba a la ciudad una capa de tranquilidad y armonía que no poseía de día. Ocultaba el polvo de sus agitadas calles, disimulaba el humo del tráfico y apaciguaba la algarabía de sus alegres y hospitalarios habitantes. Durante el anochecer, El Cairo mostraba una belleza diferente a la del día.

A lo lejos vi a una vieja buhonera que agitaba la mano, despidiéndose de nosotros.



Despidiéndose de mí.
Le dije adiós a Maat prometiéndome volver a verla muy pronto.
Prometiéndole no decepcionarla nunca.



JUAN GÓMEZ-JURADO (Madrid, España, 1977) es periodista, licenciado en Ciencias de la Información por la Universidad San Pablo CEU. Como periodista, su carrera profesional ha pasado por las redacciones de Canal Plus, Cadena SER, diario ABC, TVE y La Voz de Galicia. Colabora con las revistas Qué Leer, Jot Down Magazine y New York Times Book Review y participa en programas de radio y televisión.

Sus novelas (*Espía de Dios, Contrato con Dios, El emblema del traidor, La Leyenda del Ladrón, El Paciente, Cicatriz* y, su más reciente obra *Reina Roja*) se publican en más de cuarenta países, se han convertido en *bestsellers* mundiales y han conquistado a millones de lectores. En Hollywood hay planes para adaptar varias de ellas a la gran pantalla.

Recientemente Juan aceptó el encargo más difícil del mundo de la clienta más dura del mundo, su propia hija, para convertir la historia que le contaba antes de dormir en una saga de libros juveniles: Alex Colt.

BÁRBARA MONTES, psicóloga infantil y lectora empedernida, es

madrileña y ecléctica. Como psicóloga infantil ha dedicado muchas horas a uno de los problemas más acucientes de la sociedad contemporánea, la decreciente capacidad de atención de los niños. Eso la empujó a escribir novelas para ellos, y finalmente a la literatura para adultos.

Vive en Madrid junto a su marido Juan Gómez-Jurado.